

Todavía: paráfrasis de un pronombre (2024)

Otxamba Quérrimo

Presentado por

Poemas del Alma 

Dedicatoria

*A Almu,
que me llena, sin permiso, de recuerdos,
y me nutre, a conciencia, con mañanas,
rebosándome.*

Sobre el autor

Otxamba Quérrimo (Madrid, 5 de junio de 1995), es el nombre y seudónimo bajo el que se escuda este escritor y divulgador español, principalmente conocido por estar detrás de «Embellorando Mundos». Llamémosle ?poeta?, llamémosle ?compositor?, llamémosle ?ensayista?, lo cierto es que pocas etiquetas resumen mejor su identidad creadora que ésta: «en cierto modo, un artista más» . Entre otras, podríamos rastrear sus facetas literaria y musical en obras como "¿Por qué? ? Resquicios de la Sociedad del Individuo" (2018), "Pensamientos contra las cuerdas" (2019), o "Una forma más de ver el mundo (en un momento dado)" (2024).

Índice

Más cómodo sería...

La apacible conducta de la transparencia

Milenios de excusas a punto de jamás

Sombra de la guarda

Beginning goodbye

Como escuchan las listas

Haz de miel

¡Oh, amor!, dulce manera de luchar

Con pelos y señales

Anfítopos

Modestia mediante

Ojos de hogar

Lo que desearía

Causa y efecto

Salubriarse

Humor platónico

Fresca avaricia

Insólita fascinación

Disolución de absurdo en sólido

El nombre que por palabra llevas

Sinfonía de fiebre

Elecciones reincidentes

No me pidas desamarrar tu presencia

Días caducos, exánimes

La sorpresa de crecer

Ææa

Adivina adivinanza, ¿con qué asfixiamos nuestra esperanza?

Saltivka, Darfur, Rafah...

Terror garrafal

Iracundia

"Occidentalito"

De su sueño tal vez olvidada

Ser o no ser

Aquellos ojos sordos...

¿Quién se hace cargo de ti?

Miniaturas de sabor

Sobre el polvo habitable de una aldea descarrilada en el condado de Kwale

Por el desfiladero de esquinas de un carrer de El Carmel

Saudade

(Con el gesto indigesto de su miope filo) La guadaña daña sólo aquello que no toca

Humano, demasiado humano

Quiero...

Esta mota de mí

Más tres horas de cuarto

Vértigo interior

En alma y...

Simpleza disfrutativa

Rectilíneamente

¡Lo quiero!

Mariposa macilenta

Aunque culpable, yo

Día a vida

El lenguaje de la lluvia

La sorpresa de crecer

Temprano madrugó la madrugada

La oscura raíz del grito

Como la edad, el fruto y la catástrofe

¿? o la viva nostalgia de lo que pudo ser?

El porvenir de la nada

La ciudad por el suelo

Más cómodo sería...

¡Ay, cómo una idea fija me ha entrado en una uña!

CÉSAR VALLEJO

Principios de amistad

MÁS CÓMODO SERÍA hacer de mi soledad libertad, de mi intimidad independencia. Pero prefiero que el instante nos sorprenda siendo cómplices de vida.

Más cómodo sería, sin interferencias de otras, de otros, barbechar mis noches, mi cuerpo, en un descanso opaco. Pero prefiero perturbarlas, perturbarlo, con la amaneciente presencia del tuyo.

Más cómodo sería expiar la otredánea complacencia, y así oler para mí, vestir para mí, escoger para mí... Pero prefiero, a fuerza de forzarme, descubrir, hacia ti, nuevas formas de agradarme.

Más cómodo sería tripular un sueño incompartible. Pero prefiero, como una hebra de tinta ante un abismo de color, soñar, contigo, otros que se arriesguen a llevarme más lejos.

Más cómodo sería, en monólogo insomne, sortear explicaciones, malentendidos, que mi criterio regentase, despóticamente, el mundo, y el gusto, y el orden. Pero prefiero abdicarlo, que me enseñes a aprender de ti y de tu también irrisoria regencia, que comunicarme sepa, más allá de a disgusto, a asombro, a ritual expansivo.

Más cómodo sería desinflar personas a los días, ponerme, a lo sumo, a mi disposición, vivir al tiempo libre, rellenarlo conmigo, conmiago, en perpetuo autoservicio, empalagármeme. Pero prefiero, incluso hoy, pastar, a discreción, momentos, sobre todo aquéllos en los que soy, como mínimo, protagonista secundario.

Quiero decir que no comprendo, ¡adoro!

¡Claro que sería más cómodo remangarme tu vida hasta la ausencia! Pero ¿y ni yo sé por qué? prefiero asistir al posible que hogareña con la mía.

En un solo verso:

te prefiero.

Todavía: paráfrasis de un pronombre (2024)

La apacible conducta de la transparencia

A quien dices el secreto das tu libertad.

FERNANDO DE ROJAS

CRECER HABÍA ENTRAÑADO OPACARME,

vestir lo hecho, lo sido:

envainar mis meteduras de pata en un calcetín,

contener con una corbata la vergüenza,

los remordimientos con un cinturón,

llevar como interior la inapropiada ropa

de ciertos pensamientos, sentimientos,

bajo peluca, las esquinas menos complacientes de mi identidad,

cualquier episodio con horario de trauma, enguantado,

y tirantes, ante todo, tirantes,

por la sola razón de que no se me cayeran los secretos.

Pero entonces, tú.

Todavía sigue sorprendiéndome,

prenda a prenda, el desprendimiento.

Sé que me arropaste

y tanta textilizada opacidad se volvió superflua,

que contrajiste mi vulnerabilidad y no te enfermó,

que toda esa información activamente ocultada,

todos esos retortijones de palabras no dichas,

fueron goteando por mis labios hasta desimportar.

Pero no me explico,

de veras, no soy capaz de explicarme

cómo después de desnudarme completamente ante ti

estoy, aún, más que desnudo, transparente.

Todavía: paráfrasis de un pronombre (2024)

Milenios de excusas a punto de jamás

¡Qué hermoso podría ser el mundo!

VIKTOR FRANKL

Otro agónico NO a la guerra

AUN A RIESGO DE COSTUMBRE, DE MASACRE,
aúna, uno a uno, sus argumentos de identidad,
cada cual más acre,
más vacuo: paz, orden, soberanía, seguridad;
más nimio: justicia; más terco: influencia, hegemonía,
más turbio: distracción, anexión, hipocresía,
más cierto: poder;
y, como es de esperar, acto seguido, nos mira, inminente,
nos mira (desde luego, sin querer),
nos mira, a falta de nombres,
mundial, preventiva, fría, santa, (in)civilmente,
pero, por encima de todo, ¡otra vez!
Y otra vez, como el dios que caduca con edad la vida,
termina encogiéndose de hombres.

Seis días, cien años...

Quien sólo sabe vivir
no dilapida tiempo: hitos dilapida,
peldaños de ajena vejez,
porvenir,
tal vez escaños,
mientras desenrolla, de nuevo, la estela de los buitres,
luego la escasez, la demencia
que vuelve los pupitres
camastros, las raíces cenizas,
estrépitos los pigmentos de la calle,
para que ninguna poquedumbre de voces olvidadizas
pueda cambiarnos de padecer,

y así persista ?no sida, adjudicada? la inocencia.

¡Qué crueles, crudas, cruentas las comparsas del deber,
semillero de delitos!

¡Cuánto dolor se comercia
con tal de que su hombría desencalle
y el ayer se redefina!

¡Cuánta nación de almas tomar!
¡Cuánto soldado soldado a la inercia!
¡Cuántas miradas
pidiendo a dudas salir de gritos,
huir de fechas predispuestas a ostentar,
más que guerreros, regueros de ruina,
más que victorias, víctimas eufemizadas
con cifras, con rezos, con fosas,
porque tentaron a la sangre sin suerte en las venas!

Y entretanto, ella, en plena subasta del odio,
haciendo que el miedo custodio
merezca las penas.

Y entrenosotros, «otros», mendrugos de idea señalizables
culpables del estado de las cosas,
enemigos, terroristas,
si no invasores, caínes, traidores y demás alquimistas
del mal, del crimen
(por supuesto, inhumanizables),
a quienes ceñiremos,
en lugar de nuestra estima, estigmas,
y cadenas, y patrañas, y penurias...
hasta que nos legitimen.
O se nos vayan de las bocas los extremos.

¿Y todo porque el olivo se ha quedado sin palomas,
la verdad, sin paradigmas,
a oscuras (quizá en blanco), la razón?
¿O porque los noes, hechos furias,

sisisisián,
obstinados en pasar del nunca a la excepción,
convencidos, con «lo correcto» y otros axiomas,
de que el bien mayor debe rimar con el mal de muchos?
¿Es por eso que se envían
a unos ojos misivas y a otros misiles?
¿Es por eso que la noche a los niños dormiduchos
les lee cuentos,
y a la prensa, sin embargo, recuentos infantiles?
¿Por eso que cabe tanta conciencia en la tranquilidad?

Claro, como ha de ser tierra de nadie la muerte,
y los muertos, meros donativos
del escombros, meros aspavientos
de ciudad,
la responsabilidad se invierte,
propensa a recaer donde las manos se lavan,
o sea, allí donde se aupaban
las más sofisticadas piñatas de tragedia.
Y, claro, hallados los estribos,
cómo no va a bastar esa negación testaruda,
esa expiatoria distorsión
de la angustia, de la rabia, de la historia,
con que el orgullo se escuda
de cada yerro, trauma, sombra que lo asedia.

Pero, por tupidos que sean, no todos los velos saben correr.
De cuando en cuando uno hay que se desvela
con la aciaga conclusión
de que de tanto meter el mundo en la llaga
demasiadas palabras, cerrojos, tiene la escapatoria.
¿Y cuánta memoria el desdén que nos estraga?
¿Cuánta la patria deshecha en cupones de exilio transoceánico?
¿Acaso importa?
¿No vemos que el cielo se niega a amanecer?
¡Y qué si vive el infierno en cada secuela!

¿No oímos cómo una jauría de suspiros se aferra,
cada vez más fuerte, al mismo y roído «por favor»?
¡El bestiario desfila! ¡Que se fecunde el pánico!

Ha vuelto a mirarnos la guerra.

La otra luna de la cara (2024)

Sombra de la guarda

Amor, a cuyos ojos nada está tan secreto que no lo alcance.

GIOVANNI BOCCACCIO

Íntima colisión de ojos, luego, de dedos, luego, de móviles adentros

QUÉ RÁPIDO ME EMPACHO DE MÍ, Y ME RECONCOMO,

como una llama de miedo

ante el sarcófago de la existencia,

retraído en mi universo

de mesa, hasta que suena, al fin, mi suerte, me asomo,

y ahí estás, en la puerta, invitándome,

con tu proximidad más elocuente,

a palidecer de afecto.

Ojalá te desnudes, como ayer, del trabajo.

Ojalá la voz con que frecuenté

la tuya envuelva tu cuerpo,

me adentre a ti, y te explique, de paso, que debajo

del balcón de mi euforia continúa,

a pleno pulmón, este ego mío su balada.

Ojalá, entonces, nos demos,

si no cuenta, las manos, y, desde la ovalada

idoneidad de un paseo,

desencorves mi mirada continua.

Ojalá... Porque sabes que ese rumbo de aire,

esas huellas que escondemos

al andar, son, quizá, en sentido estricto,

un raíl que nos acerca, un extracto

podométrico de tiempo

transitado por quienes amamos la barbarie

de hospedar, caminando, paz, sueños, soluciones.

Y sabes (para saberlo

te basta mi frío) que hoy no estoy bien,

que ansío escapar, sí, lejos

de mí, contigo, que quiero que me algodones,
a fondo, con tu sombra de la guarda.
(Más dulce compañía de mis pasos
ni la entiendo ni la quiero).
Por lo tanto, dejemos, de nuevo, que la puerta
nos abra y, si te apetezco,
conforme nos llenemos de camino,
dejaré, también yo, mis costillas abiertas.

Todavía: paráfrasis de un pronombre (2024)

Beginning goodbye

Tomás se decía: hacer el amor con una mujer y dormir con una mujer son dos pasiones no sólo distintas sino casi contradictorias. El amor no se manifiesta en el deseo de acostarse con alguien (este deseo se produce en relación con una cantidad innumerable de mujeres), sino en el deseo de dormir junto a alguien (este deseo se produce en relación con una única mujer).

MILAN KUNDERA

Despedida que no fue bienvenida del ayer, sino del mañana

FUE ESCURRIRSE, PIZPIRETO,
ese adiós principiator,
y supe que, aunque mis pupilas la desabrocharan,
tu desvaneciente figura
pronto se corporeizaría, día a vida,
en la exigente locura de nuestra decisión.
Hoy, no es menos cierto.
Hoy, con la misma persona con la que comparto noche, amanezco.

Todavía: paráfrasis de un pronombre (2024)

Como escuchan las listas

Sin nada que no sea ese solo de ti.

ROSA DÍAZ

Nefelibato designio

LAS LISTAS SABEN ESCUCHAR CON LAS COSTILLAS,

higiénicamente,

como una esponja que embute intestinos de caverna.

Por su lealtad al orden,

a la comprensión,

una lista cristaliza,

uno detrás de otro,

al escuchar,

retales de persona,

pues todas las listas son,

en realidad,

repositorios del interior,

inventarios de carencias,

y de preguntas,

y de recados,

y de premortuorios anhelos

(o cualquier otra retahíla de ocurrencias

que se deje verbalizar).

Escuchan las listas,

además,

con la bonhomía del espejo,

con ese esternón

de patrones y claridad

que autoriza las serendipias,

los comienzos.

Pero no la obstrucción.

Una lista no se atranca,

porque vive abierta,

en suspense,
predispuesta a la ampliación,
a la huella,
a una completitud irrealizable.
Una lista, cuando remacha con mojonos de tinta su abdomen,
lo hace para cuajar memoria,
para desoír
¿si acaso, un poco?
las letanías de la omisión.
Tal vez se desadormezca una idea, una palabra...
Qué envidiable la lista que testimonee su despertar
escuchando,
la lista que perdona, con un tachón,
o con la invisibilidad de la ausencia,
ese deseo cicatrizado,
ese pasado
cuyas letras se deshilvanan
para, desde otras, más que irrumpir, insinuar,
columpiadas de un nuevo guion, número o viñeta.
Así escuchan las listas
que, como escuchan, son,
que, como son, insinúan,
textualizando,
con coágulos de voz,
ya un terrón de identidad,
ya un endogámico pensamiento,
ya una curiosidad,
ya un proyecto,
por adventicios que sean.
Y yo,
que aspiro a asemejarme,
siquiera algo,
a ellas,
como las listas, así yo quiérote escuchar.

Todavía: paráfrasis de un pronombre (2024)

Haz de miel

Miles de días pasados y futuros nos separaban.

Descendían en la sombra las escaleras.

Dios sabe a dónde conducían. Qué más daba.

JOSÉ HIERRO

Monosílabos exprimidos con la complicidad de un espíritu pletórico

CON TAL DE NO SER UN JUEZ MÁS DE TI

que a ras de tu piel se da con el «hoy»,

fui y soy, tal vez, quien con sed de tu voz

va y fue, con fe, tras el son de su fin.

El fin no fue más que, ¡por fin!, ser dos.

El dos no fue más que, por ti, ser más.

Mas, en vez de ser dos con tez de par,

sin plan, yo fui tú a la par que tú, yo.

¡Qué más da si la gran red de la mar

es gris, o bien de cal, o mal de hiel!

¡Y qué más da si el dios del cruel tic tac

da la paz ?cual don? con la cruz del «ex»!

Mes a mes, vis a vis, un haz de miel

se ve en tu faz. Con lo cual, ¡qué más da!

Todavía: paráfrasis de un pronombre (2024)

¡Oh, amor!, dulce manera de luchar

El amor, la pasión o la terquedad, como quieras llamarlo...

LEV TOLSTÓI

Centón desenfrenado

A MÁS DE OTRAS COSAS RARAS
me subleva el olor a beso sin causa,
nuestros cuerpos
al pie de la mirada, dando voces,
en una sola miga de ternura, (5)
tu silencio en el mío,
el paisaje anímico de una sonrisa,
adolescente, esbelta, fugitiva,
que quiere con los siglos murar la eternidad,
hacerse muchedumbre, (10)
y pasa sin usuras,
no por tu luz, sino por tu corteza,
con el don cenital de su alegría...
Ya se desnudó mi sangre.
Ya se desnudó mi sangre, (15)
a orillas de tu abrazo,
como un campo de sol entre dos hielos.
Ya se desnudó mi sangre,
quemando los fríos,
tapándote los ojos con palabras, (20)
sin lazos, sin mensaje, sin conciencia.
Ya se desnudó mi sangre;
otro milagro de la primavera.
Ya se desnudó mi sangre,
y el corazón sin musgo (25)
del que padece memoria,
a dentelladas secas y calientes,
hace rumbo en mis venas.

¡Déjame, déjame fermentar en tu amor!
¡Y ante la eternidad de lo probable! (30)
Aunque ahoguen las dudas,
déjame que me calle con el silencio tuyo,
envuelto entre la sábana de espumas.
Al quererme creaste mi belleza,
y así, dadora de infinito, vas caminando sangre adentro, (35)
irreparablemente,
como si fuera a amanecer.
¡Que la noche lo diga!
No puedo resistir lo que me gustas.
Te anuncias como la sed, (40)
sin hora ni razón,
con una obstinación enamorada,
y yo, aunque esté callado, doy las gracias,
me dejo decir,
herido mortalmente de vida, (45)
más dos que nunca.
Me inventé una ambición:
probar, y no poder, a despedirme.
Y claro, naturalmente,
todavía más, y cada vez más, todavía, (50)
todo vive, pervive, sobrevive y asciende.
Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos.
Una gota de luna en una botella
yo soy;
tú, (55)
la esquina de la sorpresa,
mi casa y morada,
lugar para este no saber dónde estar,
abierto, un atlas,
ósmosis de sentimientos, (60)
boca rota de amor y alma mordida,
suspiros y risas, colores y notas,
aire en que respiro tiempo,
sangre no regresada,

tantas delicias y delirio tanto... (65)

Acércate más, acércate más,
que es probable el milagro de la suerte.

Acércate más,
y si asoma a mis ojos la sed de conocerte,
vierte, viértete sobre mis deseos. (70)

Quiero besarte la risa.
Para que nada nos amarre,
quiero que te desemboques,
cojeando de dicha,
goteando esperanzas, (75)
tiritando como un volcán sin sueño.

Quiero amar a tus monstruos
suavemente en tu oído,
y en invierno, elevar
el edredón de tu regazo (80)

hasta que se despierte
la oscuridad temblando,
íntegramente comestible.

Quiero decir que estás sacudiendo mi juventud,
como si no temieras, (85)
sobre la piel cambiante del instante,
dar la vida y el alma a un desengaño,
a un imposible.

Tampoco yo.

Y sucesivamente así, (90)

¡aquí estamos!

Como heridos de un mismo pensamiento.

Y juntos.

(El beso nunca es singular).

A veces avanzan separadas tu noche y la mía (95)
si el camino se sienta a descansar,
pero, en algún momento,
las olas, las horas,
como el niño que juega al escondite,
se crispan, vacilan, tiemblan, (100)

haciéndonos reaparecer de nuevo
 en lo más genital de lo terrestre.
 Y entonces
 siento en el alma una alondra cantar.
 ¡Aprisa, aprisa! (105)
 Antes de que la tierra se canse de atraernos,
 ¡agotemos la vida en la vida!
 ¡Desafiemos la tradición,
 ese entreabierto lecho torpe y frío!
 ¡Aprendamos a ignorar (110)
 la sutura del límite!
 ¡Constatemos la evidencia de
 tener entre las manos la cabeza de Dios!
 ¡Somos mucho más que dos!
 ¡Hagamos hambre (115)
 ?nuestra ración de tiempo y paraíso?
 y por amor seré, serás, seremos,
 siempre, aquello, mañana, cuánto,
 para no detenernos nunca ni volver a ser lo que fuimos! (120)
 Aunque tú no lo sepas,
 tal vez por eso,
 llenos de instinto mal disimulado,
 tibiamente impregnados de sensación de ver,
 se unieron los crepúsculos, y «fue».
 ¡Qué inevitable y fácil la soledad, contigo!* (125)

Todavía: paráfrasis de un pronombre (2024)

En *El miserere de los cocodrilos* (2024) es el «Centón no. VI»

????????????????????

[*] Todo el poema es un mosaico de versos procedentes de otros autores, un gigantesco cadáver exquisito. A continuación, detallo la procedencia de cada uno de ellos...

TÍTULO «Carnal fuego amoroso», de José Manuel Caballero Bonald (*Las adivinaciones*, 1954)

Nº verso

- 1 «¡Qué lástima!», de León Felipe (*Versos y oraciones de caminante*, 1920-29)
- 2 «Ácido santo», de Enrique Valle (*Meningelia*, 2004)
- 3 «Tus gritos y mis gritos en el alba», de Gabriel Celaya (*Marea del silencio*, 1935)

- 4 «Marcha nupcial», de César Vallejo (*Poemas humanos*, 1959, edición póstuma)
- 5 «Hablen, tienen tres minutos», de Julio Cortázar (*Salvo el crepúsculo*, 1984)
- 6 «Pasear contigo», de Luis García Montero (*Completamente viernes*, 1998)
- 7 «7» [He cerrado la puerta de mi corazón...], de María Cegarra (*Cristales míos*, 1935)
- 8 «Égloga», de Luis Cernuda (*Égloga, elegía, oda*, 1927-28)
- 9 «1525 - Prudencio», de Miguel de Unamuno (*De nuevo en España I*, 1930)
- 10 «Callejeo» [II - V. Pleno ser], de Jorge Guillén (*Cántico*, edición de 1950)
- 11 «Barriada del Pilar», de Luis García Montero (*Las flores del frío*, 1991)
- 12 «Te tuve», de Ángel González (*Áspero mundo*, 1956)
- 13 «Fotografía de Oriol Maspons en la portada de Caminando por Las Hurdes, de A. López salinas y A. Ferres», de José Luis Puerto (*Nombres de la mirada*, 2020)
- 14 «Ya he perdido», de Manuel Altolaguirre (*Nuevos poemas*, 1946)
- 15 [«Ya he perdido», de Manuel Altolaguirre]
- 16 «Sobre mi cuerpo en niebla...» (Romance del camino no. 5), de Ernestina de Champourcín (*Cántico inútil*, 1936)
- 17 «Besos» [Hay besos que pronuncian por sí solos...] (¿?), de Gabriela Mistral
- 18 [«Ya he perdido», de Manuel Altolaguirre]
- 19 «El ángel desengañado», de Rafael Alberti (*Sobre los ángeles*, 1929)
- 20 «Engaño», de Rafael Alberti (*Sobre los ángeles*, 1929)
- 21 «Las estrellas (Autobiografía)», de Luis García Montero (*La intimidad de la serpiente*, 2003)
- 22 [«Ya he perdido», de Manuel Altolaguirre]
- 23 «CXV» [A un olmo seco...], de Antonio Machado (*Campos de Castilla*, 1907-17)
- 24 [«Ya he perdido», de Manuel Altolaguirre]
- 25 «La vejez», de Luis García Montero (*Completamente viernes*, 1998)
- 26 «Llueve, llueve sobre las cúpulas bruñidas por el beneficio...», de Juan Carlos Mestre (*La tumba de Keats*, 1999)
- 27 «29 - Elegía a Ramón Sijé», de Miguel Hernández (*El rayo que no cesa*, 1936)
- 28 «Absoluto amor» [Como una limpia mañana de besos morenos...], de Efraín Huerta (*Absoluto amor*, 1935)
- 29 «De profundis», de Dámaso Alonso (*Hijos de la ira*, 1946)
- 30 «XVII - ¡Carne, celeste carne de la mujer!», de Rubén Darío (*Cantos de vida y esperanza*, 1905)
- 31 «Carta al vacío», de Ernestina de Champourcín (*Del vacío y sus dones*, 1993)
- 32 «15» [Me gustas cuando callas porque estás como ausente...], de Pablo Neruda (*Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, 1924)
- 33 «Rima LII» [Olas gigantes que os rompéis bramando...], de Gustavo Adolfo Bécquer (1871, edición póstuma)
- 34 «El retrato» (soneto), de Ernestina de Champourcín (*Cántico inútil*, 1935)

- 35 Combinación de «Larga es la ausencia» [y así vas caminando sangre adentro], de Luis Rosales (*Segundo abril*, 1972); y del «Canto II» [dadora de infinito], de Vicente Huidobro (*Altazor o el viaje en paracaídas*, 1931)
- 36 «Las afueras» (II), de Jaime Gil de Biedma (*Las personas del verbo*, 1975)
- 37 «Almuñécar», de Antonio Gala (*Poemas de amor*, 1997)
- 38 «Primera canción elbitense» [Otros poemas], de Leopoldo Marechal (*Antología poética*, 1950)
- 39 «El desayuno», de Luis Alberto de Cuenca (*El hacha y la rosa*, 1993)
- 40 «Encuentro» [I], de Alejandra Pizarnik (*Los trabajos y las noches*, 1965)
- 41 «Adolescente», de Dionisia García (*El vaho en los espejos*, 1976)
- 42 «V» [Tu corazón, una naranja helada...], de Miguel Hernández (*El rayo que no cesa*, 1936)
- 43 «Amistad a lo largo», de Jaime Gil de Biedma (*Compañeros de viaje*, 1959)
- 44 «Silencio», de Alejandra Pizarnik (*Otros poemas*, 1959)
- 45 «VI - Cortejo tras la toma de Bilbao», de César Vallejo (*España, aparta de mí ese cáliz*, 1937)
- 46 «XVIII» [Oh las cuatro paredes de la celda...], de César Vallejo (*Trilce*, 1922)
- 47 «Mis amigos de entonces...» [Medida del tiempo], de Josefina de la Torre (*Poemas de la isla*, en la edición de 1989)
- 48 «Rogarla, desdeñarme, amarla, huirme...» (soneto de primera mitad del siglo XVII), de Francisco de Quevedo y Villegas
- 49 «Te resucito», de Pedro Casariego Córdoba (*Poemas encadenados*, 1977-87)
- 50 «Nocturno de la alcoba», de Xavier Villaurrutia (*Nostalgia de la muerte*, 1938)
- 51 «Triunfo del amor», de Vicente Aleixandre (*La destrucción o el amor*, 1935)
- 52 «20» [Puedo escribir los versos más tristes esta noche...], de Pablo Neruda (*Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, 1924)
- 53 «Luna de los amores», de Leopoldo Lugones (*Lunario sentimental*, 1909)
- 54 «Balada del mar no visto, ritmada en versos diversos», de León de Greiff (*Tergiversaciones de Leo Legris, Matías Aldecoa y Gaspar. Primer mamotreto*, 1925)
- 55 «Vocales para Hilda», de Gonzalo Rojas (*¿Qué se ama cuando se ama?*, 2000)
- 56 «Romance de la guardia civil española», de Federico García Lorca (*Romancero Gitano*, 1928)
- 57 «Alma, buscarte has en Mí...» (1577?), de (santa) Teresa de Ávila
- 58 «XXVII» [Me da miedo ese chorro...], de César Vallejo (*Trilce*, 1922)
- 59 «Elegía», de Rafael Alberti (*Marinero en tierra*, 1924)
- 60 «7» [He cerrado la puerta de mi corazón...], de María Cegarra (*Cristales míos*, 1935)
- 61 «Soneto de la guirnalda de rosas», de Federico García Lorca (*Sonetos del amor oscuro*, 1984, edición póstuma)
- 62 «Rima I» [Yo sé un himno gigante y extraño...], de Gustavo Adolfo Bécquer (1871, edición póstuma)
- 63 «El aire» [III - V. Pleno ser], de Jorge Guillén (*Cántico*, edición de 1950)
- 64 «Desde un mar de silencio», de Mariluz Escribano (*Desde un mar de silencio*, 1993)
- 65 «Canto II - A Teresa» (v. 164), de José de Espronceda (*El diablo mundo*, 1840, incompleta)

- 66 «Transfiguración» [Los espejos], de Pere Gimferrer (*Espejo, espacio y apariciones. Poesía 1970-1980*, edición bilingüe de 1988)
- 67 «No verte», de Gerardo Diego (*Amor solo*, 1952)
- 68 [«Transfiguración», de Pere Gimferrer]
- 69 «Miedo» [La sombra de una duda sobre mí se levanta...] (soneto de primera mitad del siglo XX), de Andrés Eloy Blanco
- 70 «Adonde fueron despeñadas», de Luis Cernuda (*Los placeres prohibidos*, 1931)
- 71 «Pétalos», de Josefina Romo Arregui (*La peregrinación inmóvil*, 1932)
- 72 «Farewell», de Pablo Neruda (*Crepusculario*, 1923)
- 73 «Secreto», de Manuel Altolaguirre (*Las islas invitadas*, 1936)
- 74 «¡Dulzura por dulzura corazón!» , de César Vallejo (*Poemas humanos*, 1959, edición póstuma)
- 75 «Tiempo de mar», de Ernestina de Champourcín (*Primer exilio*, 1978)
- 76 «La extranjera», de Beatriz Hernanz (*Los volcanes sin sueño*, 2011)
- 77 «Yo no quiero ser recuerdo», de Elvira Sastre (*Cuarenta y tres maneras de soltarse el pelo*, 2013)
- 78 «Maitines» [Callad, amantes, y ocupad el labio...], de Antonio Gala (*Poemas de amor*, 1997)
- 79 «XXXVII» [Sentir el peso cálido...], de Juana Castro (*Fisterra*, 1992)
- 80 «Misa negra» (1893), de José Juan Tablada
- 81 «Sueño grande», de Gabriela Mistral (*Ternura*, 1925)
- 82 «XVIII» [Los muros nada más...], de Luis Cernuda (*Primeras poesías*, 1924-27)
- 83 «Poética» [¿poesía liberada o deliberada?...], de Saúl Yurkievich (*Rimbomba*, 1978)
- 84 «Mucho más grave», de Mario Benedetti (*Poemas de otros*, 1973-74)
- 85 «La cartomancia», de Olga Orozco (*Los juegos peligrosos*, 1962)
- 86 «Nocturno de San Ildefonso» [1 - Inventa la noche en mi ventana...], de Octavio Paz (*Vuelta*, 1976)
- 87 «Desmayarse, atreverse, estar furioso...» (soneto de principios de siglo XVII), de Félix Lope de Vega
- 88 Título de un SONETO de Ramón López Velarde [Me arrancaré, mujer, el imposible...] (1905)
- 89 «Yo» [No sé quién soy...], de Idea Vilariño (*No*, 1980)
- 90 «Los formales y el frío», de Mario Benedetti (*Poemas de otros*, 1973-74)
- 91 «Llegada», de Nicolás Guillén (*Sóngoro cosongo*, 1931)
- 92 «El tren expreso» [III - Canto primero: La noche] (1871), de Ramón de Campoamor
- 93 «El alfarero», de Pablo Neruda (*Los versos del capitán*, 1952)
- 94 Una de las greguerías de Ramón Gómez de la Serna (primera mitad del siglo XX)
- 95 «Naturaleza despistada», de Nerea Delgado (*Los pájaros sabrán*, 2018)
- 96 «Canto V», de Vicente Huidobro (*Altazor o el viaje en paracaídas*, 1931)
- 97 «Carta II», de Idea Vilariño (*Poemas de amor*, 1957)

- 98 «Las olas, las horas...», de Alfonsa de la Torre (*Plazuela de las obediencias*, 1969)
- 99 «Mi retrato», de María Elvira Lacaci (*Humana voz*, 1956)
- 100 «Buenos Aires» [Exaltadas], de Alfonsina Storni (*Languidez*, 1920)
- 101 «El esperado» [Al fin llegó el esperado...], de José Lezama Lima (*Fragmentos a su imán*, 1977, edición póstuma)
- 102 «II - Del aire al aire» [Canto II - Las alturas del Machu Pichu], de Pablo Neruda (*Canto General*, 1950)
- 103 «En la India», de Blanca Andreu (*El sueño oscuro*, 1994)
- 104 «VIII. A Margarita Debayle», de Rubén Darío (*Poema del otoño y otros poemas*, 1910)
- 105 «El puente levadizo» [Hoy 14 de diciembre de 1953...], de Braulio Arenas (*Poemas: 1934 - 1959*, 1959)
- 106 «Lo que esperamos» [Embelecocos], de Oliverio Gironde (*Persuasión de los días*, 1942)
- 107 «Canto I», de Vicente Huidobro (*Altazor o el viaje en paracaídas*, 1931)
- 108 «Himno a las mujeres libres» (1937), de Lucía Sánchez Saornil
- 109 «Elegía», de Luis Cernuda (*Égloga, elegía, oda*, 1927-28)
- 110 «Finjamos que soy feliz», de (sor) Juana Inés de la Cruz (*Inundación castálida*, 1689)
- 111 «Winter, Paul Klee», de José Luis Puerto (*Nombres de la mirada*, 2020)
- 112 «A Leopoldo de Luis», de Gabriel Celaya (*El corazón en su sitio*, 1959)
- 113 «Lo inefable», de Delmira Agustini (*Cantos de la mañana*, 1910)
- 114 «Te quiero» [Tus manos son mi caricia...], de Mario Benedetti (*Poemas de otros*, 1973-74)
- 115 «El arroz» [Vietnam: primeros planos], de Ángela Figuera Aimerich (*Obras completas*, 1986, antología póstuma)
- 116 «Piedra de sol», de Octavio Paz (*Libertad bajo palabra*, 1957)
- 117 «Soneto LXIX», de Pablo Neruda (*Cien sonetos de amor*, 1959)
- 118 «La paz, la avispa, el taco, las vertientes», de César Vallejo (*Poemas humanos*, 1959, edición póstuma)
- 119 «Elegía», de Salvador Novo (*Nuevo amor*, 1933)
- 120 «Aunque tú no lo sepas», de Luis García Montero (*Habitaciones separadas*, 1994)
- 121 «Habla el humo en el viento de la manzana», de Pedro García Cabrera (*Dársena con despertadores*, 1936, aunque inédita hasta 1980)
- 122 «En los días de lluvia» (I), de Luis García Montero (*El jardín extranjero*, 1983)
- 123 «El espejo», de Jenaro Talens (*Víspera de la destrucción*, 1966-68)
- 124 «Rima XXXII» [Pasaba arroyadora en su hermosura...], de Gustavo Adolfo Bécquer (1871, edición póstuma)
- 125 «La casa», de Pilar Paz Pasamar (*La soledad contigo*, 1960)

Con pelos y señales

Porque tal es la prueba y tales las maquinaciones de la simuladora, inabordable realidad.

OLGA OROZCO

Adentros en las afueras

DE TANTO RESPIRAR TU PIEL

inhalé, sin comprenderlo, su pasado,

ese vaho de tiempo extinto del que apenas retengo

un rastro de alma y baba,

un vestigio de avidez:

las pisadas de mis labios.

Pero tú no retienes eso.

Tú no retienes cuántas di, enfebrecido,

para insuflarte ascuas,

ni cuántas bastaron para, palmo a palmo, trascender

la fisionomía salada de tu cuerpo,

la insoportable levedad de nuestro ser.

¡Qué distorsionado recuerdo el mío!

¿Y consiento el engaño?

¿Por qué?

¡Tú no retienes eso!

La memoria de tu piel tampoco.

¡Qué podría retener

sino ese ayer torticero, extemporáneo,

demasiado acostumbrado a imponer sinsabores amargos

a sus moldes de «mujer»!

¡Qué podría retener

sino esa suavidad procaz, impostada,

que a hiperestésicas dentelladas

estragaba,

de cuando en cuando,

sosiego y sedosidad!

Eso es cuanto tu piel retiene:

itinerarios de vida, no ebúrnea, deforestada.
Y algún que otro «guapa» que desenquistar.
Ingenuo de mí...
Aparte de respirarla,
¡qué sabré yo de tu piel, o de su pasado!
Yo, que contribuí a hacerla blanca de miradas.
Yo, que presenciaba, como tantos,
tanto civismo cuticular,
tanta velleza exorcizada, en carne viva,
como si encarnara la piel de gallina
la más femenina naturalidad.
¡Qué sabré yo! ¡Qué sabré!
Probablemente nada.
Y entre tanto,
demasiadas las secuelas, demasiadas.
Y los estigmas.
Y tu piel,
social y tenazmente juzgada,
tu piel, no la de las mujeres, la tuya,
tu piel, la que he pisado con mis labios ávido, baboso, comestibles veces,
esa piel, tu piel, cuando supo decir «basta»,
fue incapaz.
Incapaz, por lo visto y dedocado,
hasta que el desatino escampó,
hasta que se punzó lo suave y te embriagó...
¿la pereza? ¿La inconsciencia?
¿Acaso un resorte de autenticidad?
Ni tú lo sabes...
Empero,
una mañana,
sobre axilas y piernas,
descorrido el pasado y la niebla de rubor,
alborearon hebras de cabello,
jirones de oscuridad,
briznas de ti de nuevo erizadas.
Jamás volverán a su ingravidez primigenia. Jamás.

Pero ahora, ¡máscaras fuera!,
y desde la duda de la convicción,
pueden (¡por fin!) exhibirse,
aun bizcas e hirsutas, ¡tangibles!
No tal y como fueron.
Tal y como son.

Todavía: paráfrasis de un pronombre (2024)

Anfítopos

Lo imposible es indulgente con la maravilla.

JUAN CARLOS MESTRE

Fórmula de una apátrida yuxtaposición

CABERNOS HA IMPLICADO

echar raíces en una mochila.

Crédulamente,

ahí siguen:

espaciando sus límites.

Todavía: paráfrasis de un pronombre (2024)

Modestia mediante

Ésta es la noble verdad del origen del dolor: el anhelo...

(Nikaya 56.11: Dhammacakkappavattana Sutta)

Insuficiencias resarcidas

A BUDDHA SE LE OLVIDÓ HURGAR

bajo la costra de la rutina,
donde un deseo feroz, profiláctico,
desfleca, cana a cana, la penumbra,
descorre, reja a reja, mi conciencia,
silenciosa y cubierta de polvo,
pero no para hacerme sufrir,
sino para que yo, iluminado, me sufra,
escrutando cuanto he hecho, cuanto he sido,
y cuánto no.

El deseo de mejorar se le olvidó a Buddha.

Se le olvidó que este deseo,
que este ta?h? nirvanudo, expurgador,
anudado al intrusivo escozor
de mi propia mirada,
de mi permanente, revisable honestidad,
doliéndome, lo mejor de mí despierta.

Y se olvidó de promulgarlo.

Buddha se olvidó de revelar,
sin melindres, cómo este deseo,
cómo esta sed reparadora,
cómo este apetito de justicia interior,
desde la sumisión a un «yo» preferible,
a un «yo» benevolente, y parcial, pero crítico,
nos libera.

¿Y es ése un deseo a sofocar,
un deseo que estreñir
ante la camaleónica amenaza del sufrimiento?

Más bien diría, modestia mediante, que no,
que si a Buddha se le olvidó hurgar
bajo la costra de la rutina,
no así a nosotros.
Allí hojalDRAMOS nuestro tiempo,
parafRASEANDO todavíaS,
porque allí,
bajo la costra de la rutina,
cuestionándonos,
transcurre ese deseo,
el desliz que Buddha no supo subsanar,
ese apego personal, y compartible, al riesgo
de ser mejores.
Yo, tal deseo, lo tengo encarrujado.
En mi voluntad.
Y de avivarlo me responsabilizo.
De desentorpecerlo.
Y te responsabilizo,
a ti, que también lo tienes,
a ti, que también toleras
mis errores, mis caídas, sin silencios,
te responsabilizo de empujarme,
no hacia arriba, hacia mí.
(Sobre todo, cuando me pierdo de vista).
No, no es mejorarme lo que te pido.
Es exigirme, ayudarme a mejorar.
Mientras puedas.
Mientras pueda.
Ésa es la noble verdad del amor.

Todavía: paráfrasis de un pronombre (2024)

Ojos de hogar

Según me iba alejando de Madrid iba descubriendo que quizá el paraíso no sea un lugar, sino una persona.

PABLO GARCÍA-INÉS AGUADO

Glosario de ti

DE TODO CUANTO PUEDES SER,
has sido *paz, alas, presente,*
has sido *sabor, brújula, más,*
has sido *tardes,*
has sido *aprender,*
has sido *salud, mundo, ganas,*
multitud tal vez,
a veces has sido *coincidencia,*
a veces, *posibilidad,*
y ¡*Huau!*,
y *raíz,*
y, con mucho gusto, *extraordinaria,*
incluso has sido *viceversa, suerte, todo, tú.*
Habiendo sido tanto,
¿por qué no vas a poder ser, además, *rincón, acaso patria?*
¡Adjudicado!
De ahora contra adelante,
para mí,
también eres *lugar,*
y no por saberte localizar entre las sábanas,
o en el atlas susurrante del tiempo,
sino por el color quédate de tus ojos.
Míralos:
ahí resido todavía.
Piel adentro.
Absorto.
En ti.

En ellos.

Todavía.

Porque ?cómo no?

tienes ojos de *hogar*.

Todavía: paráfrasis de un pronombre (2024)

Lo que desearía

Duele a escombros, sabe a corazón.

ELENA MEDEL

Deshabitación del presente

BIFURCAR NUESTRO AHORA

ante un barranco de días,
aunque escueza admitirlo,
fue hacernos recuerdo,
porque cuando la piel
te ve con su memoria,
cuando cuanto me envuelve
me desfamiliariza,
impotente, ambiciono,
no preguntas de vidrio,
sino un sorbo de ti,
el tacto casual, diario,
de tus irrepetibles
emociones, la inercia
que nos enrosca al otro,
la sed de inseminar
palabras con ideas,
jamases con gerundios,
el mundo, el tuyo, el nuestro,
creciente, inequívoco,
cada vez que, a sus anchas,
la noche nos diptonga...
Aunque sobra decirlo,
nos he echado de menos.
Quería, con mis ojos,
arrebañar los tuyos,
volver, descerrajar
una conversación

que pudiera mirarse,
como tu pena a veces.
Quería detentar
la vulgar consistencia
de un lunes, de un abrazo,
comparecer, de pronto,
ante las nimiedades
que te cotidianan,
asumirnos, saldar
el diezmo del adiós,
apocopar las horas,
la luna, la distancia,
reimbricarme a tu vida
para así desanclar
la impresión, la sospecha,
de estar donde no debo.
Porque, a lo mejor,
aunque tú ya lo sepas,
debo estar donde tú,
debo tender(me) a ti,
amueblarme contigo,
lenta, elásticamente,
más que hoy, todavía.
La tarde nos lo exige,
esta tarde, descalza
de tiempo, de sentido.
Porque sobre esta tarde
hemos desextrañado,
otra vez, la realidad,
cayéndonos en ella.
Si tú me lo permites,
no voy a levantarme.
Desnudos, como ahora,
y, sobre todo, juntos,
lo que desearía:
deshacer la costumbre

de remar, porque sí,
incertidumbre arriba.

Todavía: paráfrasis de un pronombre (2024)

Causa y efecto

El amor es un acto centrífugo.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

Relaciones analógicas

ES TAN FÁCIL QUERERTE

que no necesito ni ser consciente de hacerlo.

que tus ausencias me desgarran hacia mí.

que olvido cuán exclusiva, privilegiada, nuestra es esta facilidad.

que, cuando me acuesto, más que pensar en ti, te siento.

que eyaculo, precozmente, abrazos.

que el amor parece igualmente fácil, y eso que nadie, ¡nadie!, lo llamaría así.

que ya no recuerdo si siempre lo ha sido.

que me apetece vivirnos, vivirte, vivir.

que a veces dudo de si será malo.

que, con sólo escucharte, lo sé.

De hecho,

es tan fácil quererte,

tan fácil,

tan fácil,

que difícilmente puedo impedirlo.

Todavía: paráfrasis de un pronombre (2024)

Salubriarse

Exhalar alondras como suspiros.

VICENTE HUIDOBRO

?

Chasquidos a gusto de abdomen

CUANDO, ENTRE HORAS, NOS DA POR REÍR

con la osadía de las ilusiones,

y, grande, impía, la dicha nos traga,

qué trepadoras se vuelven las fuerzas,

qué incitadoras las riendas del gozo,

esa alegría que enjuaga la voz

y se extravía entre las carcajadas

con que edulcoras incluso mis ojos

para que orqueste, riendo, yo, mi umbría,

mientras tú, en pleno ahora, te pospones

sobre una agreste montaña de humor,

y yo, tan lleno de ti, consagrado

a vivir este recuerdo futuro,

me desordeno, como tú, feliz.

?

Todavía: paráfrasis de un pronombre (2024)

Humor platónico

Un sentido desmiente a otro sentido.

CATALINA CLARA RAMÍREZ DE GUZMÁN

?

Concomitancias del gusto

EN LAS INMEDIACIONES DEL APETITO

he visto a tu alegría salivar,
revestirse de comensal,
macerar sus expectativas, sus antojos,
con solo imaginarse a bordo de un sabroso manjar.

He visto a tu alegría desmoldarse,
a hurtadillas,
sobre las pupilas gustativas de mis ojos
mientras compartíamos, ración a ración, otra tarde.

He visto a tu alegría mandarme reír a espárragos,
y erigir una pirámide nutricional
desde la emplatada felicidad
de una crema, salsa, guiso, fruta, dulce, carne cualquiera.

También la he visto suspirar,
no por lo que un postre significa,
¡por cuánto puede significar!
Incluso he visto a tu alegría tamizar,
a la perfección,
los altibajos del corazón,
haciendo que comer y gozar coincidan.

Si resulta tan fácil ver tu alegría,
tan fácil aficionarme a ella,
gastronauta, digo yo, debiera hacerme.

No es que el estómago propicie nuestro buen humor.

Es que las sonrisas también se alimentan.

Y las tuyas, como las mías,
¡tienen hambre!

Como las tuyas,

tienen suerte.

Todavía: paráfrasis de un pronombre (2024)

Fresca avaricia

Sólo se tiene lo que se comparte.

JOSÉ SANCHÍS SINISTERRA

?

DESDE QUE QUISIMOS CONSONAR EN UNA HIPOTENUSA,

angularnos en el otro, y en el uno

?lo que viene a ser «longitudinarse»?,

no hemos dejado

de secuestrar milagros,

de atezar historias,

de embolsar instantes, y caminos,

de desvalijar adjetivos, y fechas, y significados,

de vaciar, sobre nuestras manos, tinajas rebosantes de mundo,

porque,

desde que quisimos,

hemos seguido

usurpando simetrías,

reteniendo efectos, consciencia,

incautando palabras y aristas, deseos y azar,

en definitiva, anuestrándolo todo,

como la brújula que, apenas se sabe mirada,

encepa, en una sola aguja,

la totalidad de lo posible.

Vivir es poseer vivencias.

Convivir, parecer ser, poseer *vida*,

dícese 'la compartida propiedad

de sucesos fecundos

y promiscuos recuerdos'.

O sea,

desde que escogimos vivir conviviendo,

estamos

(te lo puedo garantizar)

teniendo.

Incluso personas,

universos vestidos con puertas
cerradas y abiertas
que se nos engoznan,
locos de proximidad.
Será que *tener* se ha vuelto
la irrevocable consecuencia
de codiciarnos,
impúdicamente,
mientras nos crece el tiempo.

Todavía: paráfrasis de un pronombre (2024)

Insólita fascinación

No es tampoco la belleza el gran incentivo del amor, sino la sed metafísica de lo esencialmente otro.

ANTONIO MACHADO

?

Entresijos de admiración

NO SÉ CON QUÉ TE ADMIRO MÁS,

si con mis ojos,

o con mis días.

Tampoco sé qué admiro más,

si tu carácter,

o tus manías,

esa facilidad con que descuelgas tus oídos, enmudeciendo la realidad,

ese coquetismo de calcetín, mitad izado, mitad plegado, entre el talón y el tobillo, entre la planta y la suela,

ese escalofrío que alborota tus pasos cuando, inquieta, respira, tras de sí, una proximidad de sombra tu espalda,

esa colección de nostalgia en agendas de polvo donde todavía las semanas confiesan qué hicieron,

esa tendencia del gel, del champú, a sentar la cabeza, a sintrabar el higiénico almizcle de sus botes, aunque la ducha, afónica, te vea marchar,

esa fruta matutina que inaugura tu despertar,

ese fregadero que como no sea desahuciado amargará hasta la raíz tus visitas a la cocina,

ese momento de oreja y auricular, tu momento, sobre el cual cabriolan tus ánimos, tus quehaceres laborales tal vez, o tus músculos, al son de los acordes que más te deportivan,

esa alergia a la cosquilla, a la fricción, que hostiga a tus pies y los intimida apenas se saben mirados,

esa cervizida postura con que desnucas, piernas en ristre, papada a flote, tu comodidad,

esa tolerancia tuya a la ambigüedad, al neutralismo,

ese dique de párpados, dormida la luz, que sólo agrietarás en cuanto yazca, en el mismo horizonte de sábanas, también yo, y no antes, nunca antes,

esa hojarasca de manchas ambulantes que pronostican la meteorología de tu piel,

ese cobijo de placer que te ofreces con mis manos cada vez que hundes tu rostro en ellas,

esa caza de ternura justo antes de que se agazape, entre tu jornada y la mía, una distancia

impaciente, perecedera...

Más que tu carácter o manías, resulta que te admiro. A ti.

Más que con mis días o mis ojos, con mi vida, según parece.

Con mi vida.

Todavía: paráfrasis de un pronombre (2024)

Disolución de absurdo en sólido

Demasiado poco ridículo incluso como para hacer reír al vacío.

WIS?AWA SZYMBORSKA

?

LA NOTICIA SALE DE SU CAPULLO

y nos pellizca las pupilas.

Una etóloga desatornilla las arrugas del amor.

Parpadeamos.

Al principio, por pereza comprensiva.

Casi después, por molestia,

como si se nos hubiesen salinizado las pestañas.

Para que una relación no se esclerotice

(explica, con la sabiduría del tapujo)

no hay más clave que una:

sobrevivir a la comparación.

Pausa asimilatoria...

Insuficiente.

Mundo asimilatorio...

Atragantamiento.

Ante la falta de siglos

detenemos en el otro la mirada,

no la mirada, la franqueza,

no la franqueza, la pregunta,

y nos echamos a pensar.

Yo, por lo menos, repaso

las encías de mi imaginación,

los hiatos de mi memoria,

y colecto

todas las virutas de otras relaciones

que soy capaz de amontonar,

todo aquello que creo haber

visto / entrevisto en,

sabido / escuchado de,

sospechado / leído sobre.

Luego, puntorreferencio la nuestra
y, con las manos encumbradas,
espolvoreo,
en un alarde de nube nívea,
las demás.

Según caen las virutas.
suben los «más que»,
y los «tan como»,
pero también,
sin patriotismos de pareja,
los «menos que».

A priori, semejanzas, diferencias.

Mas no tarda en desdoblarse el cráter de una gradación,
una gradación, por supuesto, descalibrada:

«mejores» que avasallan,
«peores» que cuestionan, que degradan, que fulminan,
ensoñaciones, interrogantes,
enjuiciamientos, invalidez,
deficiencias,
inconsistencias,
resquebrajaduras...

?¡Qué tontería!

Inesperadamente, tu respuesta.

La miro.

Te miro.

La asumo,

como sin querer,

como persuadido a creer

cualquier ruido que mastique

los relinchos de estas dudas.

¡Qué tontería!, repites, disipándolo todo.

Ahora eres tú la que me miras,

la que me saca

de la tortuosa fosa de tan insidiosa comparación.

La que me asume.

¿Sobrevivir a las palabras?

Finalmente lo entiendo.

¡Qué tontería!

¡Menudo destornillador antiarrugas!

Porque, claro, la clave es...

la clave es...

?No la hay, hombre, no la hay.

Pausa asimilatoria...

Y si la hubiese, caricatura,

añades, al cabo de un mundo,

restregándome la semántica de tu sonrisa.

Todavía: paráfrasis de un pronombre (2024)

El nombre que por palabra llevas

Me desperté soñándote aquel día
en que estrenó mi corazón latidos,
y le puse tu nombre y apellidos
al cielo, al sol, al mar y a la alegría.

ANTONIO GALA

Meditación sobre lo que tu nombre, para mí, es y encierra

ALMU.

He ahí una palabra con vocación de infinito.

No una identidad pronunciable; más.

No un recoveco de casualidad

umbilicado a la arbitrariedad de sus letras; más.

No ese escalofrío incierto, mnemoparlante,

en pos del cual logro estar, sin estarlo,

donde sea contigo, donde sea; más.

Porque la carne se hizo verbo. Y más.

Siempre más.

Predispuesto a significar,

a fecundar historias, sentidos,

qué torpe sería anquilosarme en una, en uno, siquiera:

con solo vivirnos,

el nombre que por palabra llevas

no tardará en alumbrar otra, otro, además.

El nombre que por palabra llevas, tu nombre,

manejo de recuerdos ambulante, tamaño bolsillo, tu nombre,

no el de alguien también así hipocoristicada, el tuyo, tu nombre,

tanto lo he hecho mío, tanto,

que en sí ha verdecido un campo, más que semántico, sobrenatural.

Me explico:

¡qué no significa ALMU en mi actualidad!

Si los demás supieran...

Pero los demás,

que sólo ven en tu nombre un nombre, y no un abismo,
pastorean mi voz
hacia inanes sustitutos,
hacia vaguedades de signo 'amante', 'pareja', 'amiga'...
(¡ALMU, en aras de la precisión!).
¡Como para pretender que lo entiendan!
En cambio, yo,
que ignoro los confines de tan humanoide, quizás vitalicio, rumor,
puedo fascinarme ante él aún. Puedo.
Y por eso, como en otra cualquiera, en esta ocasión,
vuelvo a officiar el ritual de nombrarte,
o lo que es lo mismo,
a maravillarme,
sobre todo cuando detrás de ese ALMU apareces tú.

?

Todavía: paráfrasis de un pronombre (2024)

Sinfonía de fiebre

Raras veces resisten
dos soledades juntas las palabras.

LUIS GARCÍA MONTERO

Plano secuencia de texturas musicales, hipertérmicas

ESTABAS TÚ,
como una noche de pared.

Y estaba yo,

otra vez,

a tus anchas.

Eso era todo.

Era.

Menos antes,

movimiento:

surca la iniciativa

la distancia.

Sorpresa, sonrisa, expectación...

Pausa.

Tempestamos.

La carne se pone a dialogar;

los labios, a pedir de boca.

No saborean, salivan.

No sacian, hambrientan.

Como contrapunto, los dedos.

Dejamos que susurren,

que rastrillen

nuestros brazos,

nuestra espalda,

nuestra suerte,

con la caligrafía del fuego,

abrasándonos.

De sed en cuando

resbalarán,

o hacia abajo,

o hacia adentro,

hacia adentro,

hacia adentro...

Despierta el oído.

¡Demasiado que escuchar!

Porque nuestro alrededor cruje: ¡nos subtitula!

Son las sombras, que refulgen.

Son las piernas, que titilan,

como en tu cuerpo el color.

Ya no hurga frase alguna en el silencio.

Dedos y labios,

labios y dedos,

ya no salivan, deshacen;

ya no resbalan, rasguñan.

Y los ojos, opacos.

Y la piel, al dente.

Y los besos,

esos besos,

en tanto que un otoño de ropa se vuelve el suelo,

apresuran su galope,

esparciendo huellas,

masticando cuello.

Por si ocaso,

damos el abrazo a torcer.

Tarde:

el tiempo se ha empañado;

las manos, colmado de intimidez.

Erizan, escrutan, enzarzan,

pechos y miradas,

nalgas y deseos,

mientras nuestros ombligos danzan,

entre sí,
retorciéndonos,
como si,
pétalo a pétalo,
hubiesen deshojado ascuas sobre nuestros pies.

Y es que es tanta la dicha auspiciada,
tanto el pubis despeinado,
que se asoma la sangre.

Exige.

Caemos...

A tientas,
nuestros vientres se encuentran.

Una sola y misma pretensión:
explosionar.

Para lo cual,
un ostinato de fricción estalla,
y, en cuestión de ganas,
ahí nos tienes,
despacio, interior, polifónicamente,
¡chapoteando en el sol!

Jadean los pulmones.

Las axilas comienzan a llorar;
las pestañas, a incubar
trepidación, fogosidad, inconsciencia...

Magia.

Nos olvidamos.

Tú, de ti y de todo.

Yo, en ti,

en ti,

en ti...

Entíbiase la tarde,
o el invierno,
o donde sea que sea o que estemos todavía,
así,
entre súbitos,
según vas,

vengo,
vienes,
voy,
como haciéndonos hueco.
Han echado raíces de nuca y pelo las caricias,
de omoplato y uña,
de garganta y cielo.
Ha chirriado la impaciencia hasta darnos de sí.
Nos damos cuenta,
no por vencidos.
Nuestras frentes, yuxtapuestas.
In crescendo, el frenesí.
Nuestro olor,
restregado en cada senda de lunares.
Gajos de sonido,
al punto
de ebullición.
¡Incluso nos recita,
con la lengua fuera,
el corazón,
espasmos de voz y aire!
Más que al unísono,
¡al fin!
De repente,
tu respiración me mordisquea.
Se ensaña, me acelera.
Se acelera, me ensaña.
De repente,
algo se insinúa,
¡pero por todo lo alto!
Y más es la premura,
más las sensaciones,
las convulsiones,
las espuelas
del calor,
los resuellos,

la música...

Suficiente.

Eclosionamos.

En vez de tenderte, estrujas.

En vez de suspirar, grazno,
no derrotado, derretido.

¡Evohé! ¡Evohé!,

quisieran recaudar nuestros tímpanos.

Pero, boca arriba, sólo sale vaho.

Vaho y ecos.

Ecos.

Vida.

Nos miramos.

Con las yemas, las mejillas.

Y así como tu ingle se destrenza de la mía,

otra vez

caemos.

Bajo ti.

En la resaca torpe del paroxismo.

Felizmente cansados.

Todavía: paráfrasis de un pronombre (2024)

Elecciones reincidentes

Si quieres nos tropezamos y lo llamamos destino.

ELVIRA SASTRE

Historia de la eternidad

RÍETE DE NUESTRAS TERCAS DIFERENCIAS.

Ríete de las críticas laberínticas adscritas a la interrogación.

Ríete de las rachas de noches en lechos medio llenos,

de conjugar nuestras vidas en un futuro imperfecto,

del graznar de la conciencia,

del adiós.

Ríete de lo inverosímil que parece un indefinido gustarse.

Ríete de cada problema que aspira a tener su propia voz.

Ríete de creernos, en el apetito de sentimientos, libres.

Ríete del martirio de lo posible,

y de lo probable,

y del amor.

Ríete de las muchas luchas hechas contra las brechas del tacto.

Ríete de la memoria del corazón,

y de a cuantas personas abdiques por quererme.

y de endeudarte con el tiempo para siempre,

y de los conflictos putrefactos,

y de los dos.

Ríete, bien alto.

Ríete, como yo conmigo.

Ríete, sí, ¡ríete!,

pero no con fuerza, con fervor:

¡HOY HEMOS VUELTO A ELEGIRNOS!

Todavía: paráfrasis de un pronombre (2024)

No me pidas desamarrar tu presencia

Donde mis ojos, estos ojos,
se despiertan en otros.

LUIS CERNUDA

?

OTRO ABRAZO IMPROLONGABLE SE AGOTÓ

para dar paso, durante un después, a otro.

Y entre medias, nuestra maniatada piel.

Y entremedias, tú, ensanchando mi humor propio;

yo, con mis imperfecciones en flor;

febrilmente rebozados en sabor, nosotros.

¡Ningún miedo sobrevive a eso!

¡Ninguna inseguridad durmiente!

¡Ningún fracaso rehén!

Precisamente ahí,

en esa carestía de complejos,

en ese vaivén de paz horizontal, adherente,

de improviso,

una imagen de mí mismo tuya erupcionó.

Precisamente así,

habitándonos,

permearía mi valor, mi atractivo y mi agradecimiento.

Hasta todavía.

¡Y cómo no!

Aunque improlongable,

¡érase un bienestar superlativo!

¡Qué otra cosa podía traducir yo

desde mi entimismamiento!

Abrazados, me he creído,

pero siempre contra tu cuerpo,

contra tu vida.

¡Y qué le voy a hacer si me autoestimas!

¿Descalzarme de ella?

¿Espejismarte?

¿Inabrazarnos quizás?

No, no me pidas desamarrar tu presencia,
o no mientras palpites esta cutánea casualidad,
bífida y despalabrada,
pero nuestra.

¿Dónde sino ahí las sonrisas se arrellanan?

¿Dónde sino ahí desajustamos la realidad
para excederla,
para estrecharla?

No, no me pidas desamarrar tu presencia.

Antes bien,
dejemos que los labios nos ausculten,
que cada descarga emocional, apisonada,
discurra, a flote,
sobre nuestra pleamar de mansedumbre.

Para cuando este último abrazo

?improlongable, como todos?

se agote,

no habrá nada que objetar:

ya estaremos inmersos en otro,

el nuevo último otro.

Todavía: paráfrasis de un pronombre (2024)

Días caducos, exánimes

DÍAS CADUCOS, EXÁNIMES, ESCARCHAN, CUAL ROCÍO, LOS SUELOS.

Cáscara a cáscara, un niño, insomne, los colecciona.

Quisiera, siquiera, recogerlos todos.

Pero tantos son, tantos.

¡Y tan pequeñas sus manos!

Distraídamente, empieza a bostezar.

Distraídamente, ruedan sus sueños, párpado abajo.

De pronto, el niño, más que dormirse, anochece,

y su cuerpo, rendido, se vuelve, sobre el suelo, otra cáscara más.

La otra luna de la cara (2024)

La sorpresa de crecer

El Sol se despide con su puesta.
La noche, impaciente, se abalanza a por su puesto.
Entretanto, mientras llegan o no llegan a un acuerdo,
mi cabeza, inspirada, ¡por fin se acuerda!,
y, seducida por un pensamiento fornido y apuesto,
reafirma que la vida es mi mejor apuesta.
¡Ay, la vida, tantas veces apagada,
que en errores ha pagado
cada aprendizaje lo suficientemente caro
como para dar la cara!
¡Ay, la vida, que sigue arrojando los dados;
que, en las circunstancias dadas,
me ha regalado casi una infancia cualquiera
para luego, de entre millones de sueños, preguntarme cuál quiero!
Y ahora que la belleza se crea,
ahora que de adultez me he contagiado (o eso creo),
presumo, aun no estando graduado,
de una vista graduada,
capaz de profundizar, a gran escala,
en los matices de los problemas que día a día escalo,
en los matices de las personas en las que reparas,
en los matices que el mundo nos revela sin reparos.
En otras palabras, ¡nadie dijo que crecer fuera a ser una pasada!
Nadie dijo que cada saber rescatado del pasado
conduce a verdecer la tierra, a proscribir la guerra, a sofocar el sida.
Nadie dijo que aquello que no ha sido
mañana puede ser una fantasía cumplida.
Nadie dijo cuánto se expresa a través de un inofensivo cumplido,
ni que la vida fluye junto a las acrobacias de los ríos,
ni que la felicidad consiste en que te rías.
Nadie dijo que haciendo
confeccionamos nuestras amistades, nuestro carácter y nuestra hacienda,
ni que leyendo

forjamos nuestra propia leyenda,
ni que todo aquello que nos motiva
está supeditado al más extraordinario motivo,
ni siquiera que, en definitiva,
ser mayor es algo decisivo, memorable y muy recomendable. Aunque definitivo.
Sin embargo,
no todo lo que la madurez embarga
es admiración hacia nuestro nuevo mundo morado,
ya que nuestro mundo también es morada
de corazones secos frente a pieles que con esmero hidratas,
de excesos de hidratos
frente a bocas olvidadas que anhelan un plato,
de listos que usurpan a otros la plata,
de listas repletas de ratas
que a ratos
ultrajan a damas
y a ratos torear las penas que justamente les damos,
de casos
que derrochan fortunas en coches, en drogas, en juergas, en joyas, en casas,
de cigarras
que conviven con cigarros,
de una igualdad maniatada a las colas del paro,
de un belicismo que exclusivamente se para
para recubrir la vida de velos
y velas
inflamadas por el duelo
que desgarrarán el cielo hasta que a nuestros sentidos les duela...
¡Y sí! Por cada injusticia que ruge, por cada conflicto que trona,
la belleza del mundo se tambalea, ¡pero persiste en su trono!
Porque, en cierto modo,
a pesar de que el «yoísmo», el «quejismo» y el «ridiculismo» estén de moda,
a pesar de que nos burlemos de quien ora
mientras matamos por cada dosis de oro
que en los bolsillos de nuestros caprichos se asienta,
a pesar de que la «tecnopatía» nos ancle al asiento,
el mundo no ha dejado de ser, ni por un instante, ese inmenso jardín de cuentos

que jamás pertenecerá ni a ideales, ni a banderas, ni a cuentas.
¿Quieres ver el mundo desde una perspectiva nueva?
¡Vístete de adulto y mira! Si no ves, ¡arriésgate a crecer de nuevo!
Pues, ¿acaso no es nuestro mundo el más succulento festín de pienso
para cualquier animal que se vanaglorie de que piensa?
¡Menuda sorpresa entonces la que crecer nos brinda!
¡Por ella brindo!
¡Que no se diga que cuando la belleza con testimonios nos sitia
nuestra sensibilidad no sabe encontrarle sitio!
A fin de cuentas, la dimensión del adulto es la del converso
que en silencio conversa,
la de la siembra de derechos
más allá de izquierdas y derechas,
la que nos permite sortear la dictadura del eros,
construir quién eres o degustar la historia de todas las eras,
la que reconfigurará nuestro ánimo cada vez que la risa nos parta,
la que nos empuja a fascinarnos ante un parto
o ante cualquier «gracias» que de los labios mana
cada vez que a un igual le tendemos la mano,
la de la certeza de que, quien ama,
jamás aceptará al egoísmo como amo,
la del peso de los añejos siglos,
la del enjambre de impenetrables siglas,
la que nos lleva a comprender que nadie de ser imperfecto se libra,
la que atestigua el milagro de poder volar a lomos de un libro...
Aun así, hay tanto que la adulterada vista no alcanza, tanto que no se ha dicho,
que me embriaga una súbita pero deliciosa dicha:
ni siquiera la adulez, en grado sumo,
podrá abarcar jamás la totalidad de sorpresas que el mundo a nuestras vidas suma.
Además, el mundo sigue siendo uno.
¿No va siendo hora de que su belleza nos una?

Una forma más de ver el mundo (en un momento dado) (2024)

Ææa

VOLVIÓ LA GOLONDRINA PARA HACER VERANO,
con curiosidad de gato muerto
y en el pico, un diente de león.
Pero los pelos habían criado ranas.
Pero su nido, espantapájaros,
y algún que otro cuervo
rumiante de ojos,
rumiante de sol.
Cielo arriba,
en vez de orejas de lobo,
contó la golondrina ovejas.
Noche abajo,
descosida,
la osa menor se atragantó en el suelo.
Para cuando el cerdo la olisqueó,
no quedaba de ella sino un charco de ojeras.
Para cuando aterrizó la golondrina,
miedo.
Al amparo de su memoria elefantina,
alicató, alicaída,
la sombra con piel de gallina a su cuerpo,
y en el lagrimal de un ojo de buey,
a la espera del cantar de otro gallo,
la golondrina se acurrucó.
Culpa afuera,
chisporroteaba la olla de grillos,
los tigres olían a sueño,
los besugos dialogaban,
y un reguero de chorros de loro
arrastraba consigo,
sin prisa ni pudor,
vidriadas mariposas estomacales,
vidriadas y exhaustas.

Pena adentro,
sin embargo,
cataclismos.

La golondrina se embosquecía.
Trepaba el humor de los perros su sangre.
Cortejada por pulgas y maldad,
a caballo entre llover y oxidar,
no podía sino ahuyentar su cabeza,
pájaro a pájaro,
inclusive el palomáceo arrullo de la paz...

Un lobo,
seducido por los humos,
descolgó su soledad para mirarla.

Ella empuñó sus alas.

Él, proverbios de grieta.

Y, mientras a sus pies ganduleaban,
aburridas como ostras,
no pocas lágrimas de cocodrilo,
atrás las dejó ella.

Por si las moscas.

Adonde fue,
con el viento a cuestras
y unos cuernos de toro en las garras,
sólo lo supo la aurora.

Tal vez a otro espejismo.

Tal vez hacia un otoño en el cual no se hacen año las vacas flacas.

Tal vez allí donde, zurcidas, las patas de gallo renacen,
donde los monos de hogar pueden ser calmados
con la textura de las bienvenidas...

Tal vez.

Lo que sí se supo, en cambio, ese día
fue que un tiro mató dos pájaros:
la ilusión de creer,
transida de una decepción tirante
harta de desencerrar gatos de tres pies.

Y una golondrina.

La otra luna de la cara (2024)

Adivina adivinanza, ¿con qué asfixiamos nuestra esperanza?

CIERRO LOS OJOS...

Invoco a los sueños.

Soy, como poco, la más deseada.

Soy excepción, fin, idea y sentimiento.

Cuando vivo vivo en cada persona.

Cuando muero muero en cada momento.

Desde nunca he sido solitaria.

Desde siempre me anhelas en «ahoras».

Si me buscas seré un soez silencio.

Si me encuentras seré la más dichosa.

Dicen que las virtudes me acompañan.

Dicen que los minutos me deshonoran.

Siendo mía soy cenizas, recuerdos...

Siendo tuya, la sensación más grata.

Ya sé que las sonrisas me ambicionan.

Ya sé que las personas me regalan.

Tantas veces me has dicho «te quiero»,
pero, dime tú, ¿acaso tanto me amas?

Abro los ojos...

Sigo estando sola.

La otra luna de la cara (2024)

Saltivka, Darfur, Rafah...

POR LA RENDIJA DEL SUEÑO

roncos cojean tus ojos,
tan lejos de mí, tan lejos
que, en vez de llorar, arrojó,
quizás, los míos tras ellos.

La otra luna de la cara (2024)

Terror garrafal

POLÍGLOTAS LÁGRIMAS, AGUÁNDOSE,
tornáronse música, óxido, lástima.

Océano, ¡olvídalas!

Crepúsculo, ¡olvídalas!

Haciéndolo, ¡lloviésemos júbilo!

¡Máscaras, vítores, rápido!

Párpados, ¡ahogádmelas!

La otra luna de la cara (2024)

Iracundia

COMO
gárgolas
cuyas
uñas
pétreas
abren
dóciles
grietas
para
vaciar
vértigos,
quietud,
así
nuestras
vísceras,
cuando
hierven,
náuseas
purgan,
niñez,
mientras
tiemblan,
muerden,
núblannos.

La otra luna de la cara (2024)

"Occidentalito"

PUDIMOS DECONSTRUIR LA DECADENCIA.

Pudimos entrelazarnos a los sueños de las nubes.

Pudimos compartir nuestras diferencias,

nuestras inquietudes,

embelleciendo lo idiosincrático.

Pudimos educar corazones, sociedades, actitudes.

Incluso pudimos erigir, como ideales comunes,

la paz, el perdón, la gratitud.

Pero nos hemos encontrado con un obstáculo:

tú.

Tú, que menosprecias cualquier parcela de realidad

fuera del alcance de tus ojos.

Tú, que decides, en nombre de todos,

la dirección que el futuro ha de tomar.

Tú, que subcategorizas el mundo

para no sentirte mezclado con nosotros,

para no sentirte culpable de nuestro "insignificante" desarrollo,

tan inferior al todopoderoso tuyo.

Tú, que impones tus reglas allá donde pisas.

Tú, que avasallas la historia con tus puntos de vista.

Tú, que nos atosigas,

o bien con sanciones,

o bien con medidas acordes

a los intereses de tu apetito "primermundista".

Tú, que nos has enjaulado en un «ellos»

porque un fraternal «nosotros» menguaría nuestro aroma de extranjeros.

Tú, que pretendes mejorar nuestra situación con plegarias.

Tú, que impones tus medidas igualitarias

para alejarnos de la equidad.

Tú, que hablas de «globalización» sin incluirnos.

Tú, para quien nuestra identidad

es otro síntoma de salvajismo.

Tú, que racionas tu generosidad

sólo si mendigamos asilo,
sólo si el mar
se apiada de nosotros lo suficiente
como para que, abiertos tus puertos,
se cierren las puertas de nuestra suerte.
Tú, que te regodeas con tus redundantes privilegios.
Tú, que determinas nuestros hábitos de consumo
con la dictadura de tus precios.
Tú, que, a lo sumo,
entiendes nuestra cultura como objeto de estudio, de museo,
y no como una forma de vida
tan válida como la que promueves en tus colegios.
Tú, que te lucras con nuestras enfermedades.
Tú, que sacias el rugir de nuestras tripas
con sustanciosas porciones de hambre.
Tú, que nos dejarás crecer con las migajas de tu sombra.
(Incluso cuando nuestros bolsillos se desangren).
Tú, que has asumido que no somos para ti
más que extravagantes,
curiosas o distantes noticias
al otro lado de tus vitalicias fronteras de alambre,
tan aparentemente reales,
tan verdaderamente ficticias.
Tú, que sobrepones, con malicia,
la altura de tus muros
a la altura de nuestras miras.
Tú, que disfrutas adocrinándonos con tus tiránicos gustos
respecto al arte que hemos de digerir,
respecto al trabajo perfecto,
respecto al modo de vivir
que dictaminan tus costumbres, lenguas y entretenimientos.
Tú, que nos ves, al mismo tiempo,
como amenaza en tus tierras
y como destino turístico, exótico, mediático
en las nuestras.
Tú, que consientes que fragüemos nuevas guerras

mientras las empoderas
con tus rifles democráticos.
Tú, que enjuicias con penosas etiquetas
qué vale, qué no,
quién es bueno, quién es malo.
Tú, que después de elegir quién nos gobierna,
con quién comerciamos,
a quién respetamos de la oposición,
nos invitas a mercados
en los que abusas de nuestra desigual condición,
para luego pavonearte con tus voluntariados,
voluntariados con los que encubres tu incapacidad por "salvarnos".
No queremos "salvadores".
¡Queremos nuestros recursos!
No queremos que nos des la espalda.
¡Queremos encontrar, mano a mano, soluciones!
¡Estamos hartos de ayudas que se esfuman en la nada!
¡Hartos de que acapares el ombligo del mundo!
¡Hartos de tus frívolas palabras!
¡Hartos!
Y si, por más que queramos,
no estás dispuesto a labrarnos
un porvenir digno
a tu lado,
estáte tranquilo,
pues tarde o temprano
descubrirás
que tus derechos humanos
sólo atañen a una pizca de la humanidad:
la que configura los alrededores de tu presente,
la que adolece de tanto bienestar,
la que ha tenido la ocurrencia de nacer en Occidente.

La otra luna de la cara (2024)

De su sueño tal vez olvidada

HUÍA UNA IDEA ÁUREA, OLAOIDE,
náusea de héroe y aire...
Y alguien envainó el hoy.

La otra luna de la cara (2024)

Ser o no ser

DIJO EL POETA AL COGER UNA FLOR:

?¿Acaso eres tú un precioso descuido?
¿Acaso eres tú un beso entre mis ojos?
¿Acaso eres el presente de un «hoy»?
¿Acaso eres un mundo que no es mío,
la idea y la forma de lo hermoso,
el amor reencarnado en color,
una ilusión, el tiempo detenido,
un sinsentido, la vida de todo,
una excusa, un tesoro, una canción,
una diosa, una excepción, un principio?
¿Acaso eres tú lo que nunca he sido?

La flor se envolvió en su más puro asombro.

?No ?le respondió?. Sólo soy una flor.

La otra luna de la cara (2024)

Aquellos ojos sordos...

AQUELLOS OJOS SORDOS,
aquellas manos ciegas,
aquellos besos viudos, aquellos,
apenas fueron tuyos,
quisieron cuanto quieres,
cuanto cuentas, cuanto eres quisieron.
Todavía quieren, todavía,
porque aquellos ojos, manos, besos,
demasiado corrientes,
demasiado ajenos,
misteriosamente fueron hechos:
hechos para quererte.

La otra luna de la cara (2024)

¿Quién se hace cargo de ti?

AYER TU DELITO FUE NACER
no siendo adulto,
pero hoy tu falta no es otra que seguir sin serlo.
Ayer te forzamos a crecer
a nuestro gusto,
pero hoy qué gustos tienes aparte de los nuestros.
Ayer tuviste a bien descoser
tus ilusiones,
pero hoy, para animarte, ¿dónde roncan tus ganas?
Ayer te exigimos depender
de los mayores,
pero hoy dependes de todo hasta para hacer nada.
Por lo tanto, dime, pequeño,
¿eres quien eres o quien nosotros queremos que seas?
Y si no eres como queremos,
dime, ¿entonces hemos de hacer como que no eres siquiera?
Y si no eres, por favor, dime,
¿quién se hace cargo de ti?
¿Quién te esbozará lo mucho que vales?
Dime, ¿quién se desvivirá
por que tú seas feliz?
Pero antes de que me digas que «nadie»,
¡miénteme!

La otra luna de la cara (2024)

Miniaturas de sabor

(Páramo de disonancias al estilo nipón)

I

Es sintomático
que sólo quede un cambio:
el cambio a mejor.

II

Mientras sol fragua
la nube, huyen, aprisa,
trombas de sed.

III

¡Viene la muerte...!
Y el tiempo contradijo
su mala vista.

IV

Detrás del llanto
estás, cerrada, tú,
a cal y pena.

V

La paz naufraga
cuando Dios mete el dedo,
adrede, en la sombra.

VI

Del muerto al rey.
Todos somos iguales
ante la infamia.

VII
Cuanto más beso
más probable resulta
salir iluso.

VIII
¿Lloras, pues, cielo?
Se supone que el mundo
es un disfraz.

IX
Rabia que rueda,
noche, a golpes, cerrada,
toque de nuncas.

X
Desasosiega
ver calladas las dudas
de una fe ciega.

XI
Y en su insumisa
boca, bailó, radiante,
una tormenta.

XII

Llegaré a nado
a mis sueños el día
menos propicio.

XIII

Lo que me aterra:
odios desenterrando
hachas de vida.

XIV

Ríe la escarcha,
y, en tus ojos, la aurora
se pone en pie.

XV

Sin la cochambre
del lujo, qué monótona
su huelga de hombre.

XVI

Tanto me espacias
que, como poco, quiero
darte las noches.

XVII

De mar rellena
la herida, y ebria, encima,
la luna, sola.

La otra luna de la cara (2024)

Sobre el polvo habitable de una aldea descarrilada en el condado de Kwale

DOS ERAN LOS PIES; UNA, LA MAÑANA,
la fatiga, la urgencia...
Corrían, como dos gacelas que en vez de pezuñas
tuvieran ¿¡sí!¿ tacones,
es decir, renqueando; un galope de porcelana
rematado en colegio, en malestar.
Ya allí, los pies, rebuscando niñez entre sus uñas
y sólo hallando la terca insolencia
de un picor familiar,
aceptarían, algo remolones,
las brasas del zapato.
(Hasta que la maestra sucumbiese a la ocurrencia
de entenderlos). Ungidos,
además, con el estigma, tendrían dos opciones:
o rascarse miradas todo el rato,
o, bajo la suela de arena del suelo, exasperar.
Pero antes, esos pies, ennegrecidos
hasta la indiferencia,
corrían ¿hemos dicho?. Obscenamente.
Como con los talones
llenos de culpa, y mugre, y aún peor, anonimato.
Si supieran que el yugo
de sus traumas lo ha urdido un rastro de malentendidos,
¿dejarían acaso de correr?
Si los dos pies supieran, ¿detendrían, de inmediato,
la soluble pobreza que consiente,
en sus dedos roídos,
recibir como huésped al verdugo?
No: sin agua corriente,
y descalzos... Ahora: como les diera por saber...

La otra luna de la cara (2024)

Por el desfiladero de esquinas de un carrer de El Carmel

LAMÍA UNA SIRENA VENTANAS, MIRADAS,
ensalivándolas con un mal pronunciado malestar.
Lamíalas, a prietos kilómetros por hora,
cantando colores y urgencia.
Algunos oídos, entretanto, viandaban.
Algunas paredes... gruñían.
Hasta que, enredada en un mechón de asfalto, la sirena.
Paredes y oídos se detuvieron:
decúbito sobre la tarde,
una canosa letra de piso de portal de número,
con todos sus años por los suelos,
irrupía en la calle,
embozada en surcos de luna
y esa larga cabellera de recuerdos arrastrable.
Otra vida vida aparte era.
Otra jaula de muerte, menos que vacía, abierta,
pero demasiado parecida
a todas esas ventanas, miradas,
igualmente desposadas con la decrepitud
y, por tanto,
igualmente agazapadas sobre ella.
Qué la desalfabetizó,
si un cangrejo tejicida,
un pulmón que enviudó del aire,
una memoria dormida,
silencios de corazón,
una caída...
poco importaba.
Se apergaminó. Punto,
explicarían las aceras, los garajes.
Y, como la edad se le escurría a borbotones,
se la llevó consigo la sirena.
Pero antes,

el vecindario se encharcó con su vejez,
los adoquines se arrugaron,
y un coro de toses póstumas, convexas, cariaconteció,
encorvando visillos,
desdentando escaleras, farolas.
Paredes y oídos, ya a solas, despeñaron un adiós;
miradas-ventana, alivio.
Acaso mañana ninoninoniasen por ellas.
Pero no: no esta vez.

La otra luna de la cara (2024)

Saudade

CUANDO TÚ, NOSTALGIA, VIENES,
por el asfalto inamovible que me circunda, con tus rebaños de hierba,
yo, tumbado, izo,
a media asta,
los abiertos regalos que el ayer me hizo:
mis más sobrepiciados bienes.
No los arriaré hasta
que la voz de las ortigas no hierva
y queden, en mis labios, deshechas
las saladas estrías de esta memoria irreflexivamente vasta.
Podrás mordisquear los andrajos de los recuerdos que te echo,
entrevistar pasados, cercarlos con engaños y vallas,
que, antes que mi interés lo abra, el presente que sin más desechas
se habrá ido. En cambio, para que tú, nostalgia, te vayas,
¿por qué un milagro hecho
de kilómetros de vida no basta?

La otra luna de la cara (2024)

(Con el gesto indigesto de su miope filo) La guadaña daña sólo aquello que no toca

CABIZBAJO BAJO UN LUTO IRRESOLUTO, BOQUIABIERTO,
vierto, sobre estas migas de asombro derruido, ruido,
mientras supura pura rabia, puro frío, la noche,
y el pasado, desacompasado, desemboca boca adentro
para que ni siquiera quiera dormir sin recordar.

Harto de esta paz incapaz de apaciguarme, exaspero,
pero, atrancada, cada vez más esquiva, más deforme,
la alegría ¿para mi sorpresa? presa es de lo mismo:
de esta insatisfecha fecha que todo lo va obstruyendo,
yendo por los nichos de los recuerdos que no serán.

Y así, mustio, en tanto que de la semana mana invierno,
hiberno yo el desastre, sastre de ojeras, culpas, gritos.
¡Demasiadas las respuestas puestas en aquel entonces!
Hora es ya de desvestir su robusto busto de ecos,
que si el llanto me amarrara rara vez podré sanar.

La otra luna de la cara (2024)

Humano, demasiado humano

JAMÁS ENGENDRÓ EL ESPEJO
endogénitos complejos
donde el júbilo refulgió.

La otra luna de la cara (2024)

Quiero...

Bodegón confesional perfilado sobre palabras y deseos encadenados por doquier

QUIERO...

...roer errores.

...resucitar tardes.

...desconocerme.

...memorizarte terapéutica, caprichosa, sacrílegamente.

..., teniendo dónde, desenvolver verdades, desfallecer.

..., cerciorándome, menoscabar barbaridades.

...desmiguar garantías.

...asimilarme.

..., meciendo dolores, resplandecer.

Cerca cada dañino «no»,

noquearé reiteradamente teorías,

así si siego golpes

pescaré respeto

todavía aquí.

Quiero...

...roer errores.

...resucitar tardes.

...desconocerme...

La otra luna de la cara (2024)

Esta mota de mí

Topografía de la intolerancia

ALBERGO, EN ESTADO CÍTRICO, UNA MOTA DE MÍ
resuelta a ser el vivo retrete de mi identidad,
esa mota de mí que, consciente, consiente
que las ideas se racionen,
que se descalibren las dudas,
que mi mente, no se angustie, se angoste
ante el asiduo asedio del pensamiento accidental.
Esta mota de mí,
empeñada en, empañada por,
vivir, todavía, en la Edad del Yerro,
se ha dado prosa para censurar lo distinto, lo distante,
y por eso, de taaaaanto como observa, absorbe,
en un silencio obsoleto,
opiniones sólo diametralmente apuestas.
Para ella, aquéllas que no agradan, agreden.
Para ella, lo que no la ameniza, la amenaza.
¡Claro que no soporta una conversación
que a la conservación no conduzca!
Descoordinadas las coordenadas del respeto,
¡hasta las zarzas que higienizan
la saciedad del bienestar aborrece!
Porque esta mota de mí viril se ha hecho,
cuando no es más que orina de mi costal.
Más aún, para reforzar su sistema impune,
esta mota de mí se alía,
tercamente, con el resentido común,
y juntos escupen quejas, monstruos esculpen,
cimentando el amperio de la animadversión
sobre calumnias dóricas, categóricas.
Sin embargo, cuando reina la confesión,
esta mota de mí, desengreída,

deja de dar ruidos de prensa
y reconoce, bajo presión preventiva,
que simplemente quería hacer historia
para que no la olvidara yo.

La otra luna de la cara (2024)

Más tres horas de cuarto

ENTRE DUNAS DE TERCIOPELO, NI
ayuna ni aúlla la oquedad; se
reblandece, más vacua, y glacial, y
paranoide, como dispuesta a
ensortijarse en la
abiótica desesperación de
otra semana portátil que no
la ha sabido, tampoco, colmar, e
intenta, febrilmente, calmar sus
glotonas fobias, sus
vacías ganas, o con prisas, o
con dietas de apatía y sofá. Aun
cuando una ilusión barrenase lo
mucho que la ahueca, la oquedad, tan
inconclusa que han
de hendirla las noches, no escampa. Ni un
grumo de diáfana nada da por
perdido en tanto yo me abulie, me
fosforezca. Así que
yo, precozmente ajeno, extendiendo, si
acaso un poco, el
señuelo de la importancia y, muy
seriamente, me detengo a esperar.

La otra luna de la cara (2024)

Vértigo interior

LA SOMBRA DE QUIEN IBA A SER ME ENSOMBRECIÓ,
y ahora, por tener, tengo más de espina que de estrella,
apenas un fervor de ausencia,
y unas pocas creencias reducidas a onomatopeyas.
Por tener tengo vértigo a mi interior,
ambicional insolvencia,
y quizá otro futuro precoz pero no comprensible.
Lástima que destuve mi tendencia
a mantener rumbos compatibles.
Hoy no sé qué es peor:
¿sentir que mi libertad me embotella
o sentirme impostor?

La otra luna de la cara (2024)

En alma y...

CUERPO QUE CREPITA ATRAPA,
cuerpo que tu cuerpo trepa
y aparta y aprieta y aprieta y aprieta...
Croa otro catre.
Trota otro aprieto.
Porque
cuerpo por tu cuerpo acorta
y, aparte, te tapa, te aquieta, te apropia...

La otra luna de la cara (2024)

Simpleza disfrutativa

ASOMBROSAMENTE,
me es indiferente vivir o no.
Pero necesito
¿¡hambrienta, desesperada o como-sea-mente!?
sentirlo,
sudar vida,
atragantarme a sensaciones.
La felicidad es una idea desinflada.
La felicidad verdaderamente vívida, vivible,
se reduce a una-más-que-cosa:
sentir, sentir, sentir.

Sentir como si fuera consciente de estar caducándome.
Sentir ir a bordo de un cuerpo que a veces olvido que es mío.
Sentir cómo el aliento del cansancio me anestesia para que el mañana me vomite a la vida.
Sentir asco de mí mismo hasta quererme.
Sentir, a poco que compartimos mirada,
los espasmos emocionales con los que la gratitud me desequilibra.
Sentir en las manos el sabor del cariño,
y en los ojos, cada sonrisa que echo a volar.
Sentir todas esas palabras que destierras de tu interior con la indecible satisfacción de que han sido
estrelladas ¿a propósito? contra mí, no contra el mundo, ¡contra mí!
Sentir hasta sentir cómo sentir para sentir, apenas sentir, que sentir tras sentir sentir es.

Luego, sentirme.
Sentirme amado;
no ser amado, sentírmelo.
Sentirme escuchado, sí, escuchado, como la luz que mastica un amanecer.
Sentirme despierto para zambullirme tozudamente en el «hacer».
Sentirme como a punto de entender el infinito.
Sentirme, no pleno, mejorable;
no satisfecho, mejor;
no fascinado, sorbiendo fascinación.

Sentirme sosegadamente en ebullición,
inconscientemente permeable,
deleitosamente dubitativo.

Y jovial.

Y plural.

¡Y bienparadísimo!

Después, sentirnos.

Sentirnos inconformistamente a gusto.

Sentirnos entre unidos y juntos.

Sentirnos... vivos,

o lo que es lo mismo,

¡sentirnos, sentirnos, sentirnos!

Y sentirte:

diáfana,

inmarcesible.

Sentirte feliz, como si pudieses estar feliz,

ser feliz y parecer feliz siempre.

Sentirte todo lo lejos de cerca.

Sentirte dentro, y si quieres fuera, pero sentirte;

es decir, sentirte mientras sea posible, donde sea posible, cuanto sea posible.

Ésa es la más simple forma de hacer disfrutable nuestro tiempo:

sintiendo.

La otra luna de la cara (2024)

Rectilíneamente

COMOQUIERA QUE SE ENTROMETA LA MEDIANOCHE...

Otra sobredosis de altibajos capicúas.

Otro tentempié de sinsabores,
de contratiempos.

Otro cumpleaños.

La otra luna de la cara (2024)

¡Lo quiero!

QUÉ TENDRÁ LO BUENO...

Qué tendrá lo bueno

para ser tan deseoso, tan deseado, tan deseable,
ya sea en nuestras risas o en nuestros besos,
en nuestras vidas o en nuestros cuerpos,
en nuestras luchas o en nuestros planes.

Qué tendrá lo bueno

que nos acucia a preservarlo, a digerirlo, a contenerlo,
aun cuando olvidamos o intuimos que sabemos
que no todo lo bueno es contenible, digerible o preservable,
ni en las chispas de un encuentro,
ni en las prisas de un momento,
ni en las pieles del lenguaje.

Qué tendrá lo bueno

para vivir ajeno a los desmanes
de una memoria ataviada con agujeros,
predispuesta a distorsionarlo con recuerdos
imprecisos, traicioneros, insondables.

Qué tendrá lo bueno...

Quizás nunca llegue a descubrirlo.

Quizás nunca llegue a comprenderlo.

No importa.

Sólo anhelo

ponerlo a los pies de lo probable,
de tal forma que lo bueno,
la próxima vez que nos armonicemos en el eco de un instante,
despierte, sonría y ande.

¿Hacia dónde?

Hacia los doses que ponen las ganas delante
de los sueños

para hacer que el amor, hasta el más pequeño, baste.

Quiero decir que no quiero retener lo bueno.

¡Quiero fabricarlo, provocarlo, componerlo,

para que podamos, con sus caricias felicitantes,
deleitarnos, revolcarnos, complacernos!

Qué tendrá lo bueno...

No lo sé. ¡Pero lo quiero!

La otra luna de la cara (2024)

Mariposa macilenta

... MÍSERO, MANIÁTICO, MEDIOCRE,
medroso, mortecino,
mitad mustio, mitad molido...

Mendiguemos memoria,
mariposa mía.
¡Maquillemos motivos!

... Maternalmente me meciste,
maternalmente me mentiste,
manumitiendo momentos mártires,
mugrientos mañanas,
mientras menguabas
mis metas,
mis méritos,
mi madurez...

¿Merecía lo?

... Meses modelando mis miedos,
murmurándome los.
Meses mutilando mi mundo,
marchitándome...

¿Merecía lo?

Muchamente;
mas,
mi melosa mariposa,
mujer,
¿mentirme?
Mentirme multiplica mis males.

Mentirme monstrúa mis maneras,
matricidándolas.
Mejor, mariposa, menospréciame.
Mantente menos mía.
Más me mataría.
Me mata.
¡Malditas manías!
¡Maldita mirada!
Madre, mírame:
muerto moriré.

La otra luna de la cara (2024)

Aunque culpable, yo

PADEZCO AMBICIÓN.

Empero, adicto a probar lo que valgo, porvengo.

Y trasvivo.

Y me pudro.

¿Dónde se han ido las olas?

¡Necesito el paliativo de valer!

¿Qué árbol se orienta, no al sol, a sí?

¡Es un asunto cardinal!

¿Oportunidades sin stock?

¡Otros segreguen paciencia!

El tiempo, por los suelos.

Irreconocida, mi podredumbre.

Aunque culpable, yo.

¿Quién me implica por qué?

La otra luna de la cara (2024)

Día a vida

EN LA CERTEZA DESDE DONDE ESCRUTO

el escrito desdén del firmamento,
una a una las horas, firmemente
cautas, con su hedor de reloj y escroto,
se desempotran del tiempo, del orden,
y, mientras me anegan, de pronto arden.

Donde antes horas, pavesas de instante
ístanme, fatalmente, a enfundar
nubes, creencias, para así infundir
paciencia en los goznes de mi instinto.
Mas qué paciencia aplaca ese sabor
a año que estoy hartado de saber...

Más que esperable, entonces, es que busque,
entretanto, una eternidad afín
al ingenuo, abstracto, perpetuo afán
de ser caducifolio, como el bosque
que mutila con otoños su rostro,
dejando, aun así, día a vida, un rastro.

La otra luna de la cara (2024)

El lenguaje de la lluvia

NO RUJAS. OLVIDA,
susurraba la vida a mi hoyente corazón.
Ningún «¡Alto!» detiene el desfile de los días.
No rujas. Olvida.

Mas cómo olvidar lo que fue
revolcándome en lo que queda:
sueños que eructan cenizas,
esperanzas sin voz,
emociones que hibernan.

No rujas. Olvida.

¡Ya quisiera yo olvidar!,
mas por más que despiojo mi mnemofonía,
por más que me fermento en vacuidad,
ni la plenitud es olvidable,
ni los dones,
reglas,
mitos,
fallos,
soles,
lágrimas
y siglos,
envainables
en una amnesia tonal.

No rujas. Olvida.

¿Olvida una sombra la luz que la amamanta?
¿Olvidan los gorjeos de la aurora
quién compuso sus baladas?

¿Acaso los melocidas olvidan?
¡Cómo podré entonces olvidar yo!

No rujas. Olvida.

¡Oh, vida, regálame cómo!
Allí donde escucho recuerdo.
Allí donde callo retumbo.
¿No comprendes?
Para alimentar al mundo,
sembré en un ayer mis oídos.
(Qué débil la simiente.
Qué estéril la impaciencia).
Al cielo le florecieron canas;
al pentagrama, silencios.
Nada más floreció. Nada.
Ni siquiera ruido.

No rujas. Olvida.

¿Y si no?
¿Y si desoxido mis dedos?
¿Y si los reafino en aquella apóstata ilusión,
en aquel caduco eco?
¿Involucionaría acaso?
¡Que me esputen otra opción!
¿Crecer?
¡No quiero!
Quiero crecer como quiera, no como crezco.
¿Cambiar?
¿A qué?
¿A un filófono mudo?
¿Sufrir?
¡Ya sufro!
¿O no es sufrir deshuesar esfuerzos,
apadrinar fracasos,

carcomer las sendas indelebles de los gustos?
¡Infausta fórmula para olvidar ésta:
extirparse un talento
de modo que creciendo, cambiando y sufriendo
lléguese a repudiar!
¡Ay, si extirpable fuera...!
Si extirpable fuera
meloplejaría al fin mi ego.
Si fuera extirpable
no tendrían las musas bozales,
ni mis vísceras miedo.
Con lo cual,
sólo resta rugir.
Ni crecer, ni cambiar, ni sufrir;
rugir,
tapiar con rugidos
el «yo» que ordeñaba reflexiones al sonido,
el «yo» que ordeñaba sonidos reflexionando,
presenciando sentir.
Sin el indulto del olvido,
aunque aflija aceptarlo,
sólo-resta-rugir.

Y rugiría...

No rujas...

... pero con los pulmones de la tierra...

No rujas...

... y no con el trémulo trémolo de mi memoria...

No rujas...

... ¡y no con un factible arrepentirme que me aterra!...

No rujas...

... ¡y no con la guitarra afónica!

... *Olvida.*

¡De acuerdo!

Pero antes... *¡alto! ¡Alto! ¡ALTO!*, rugí yo.

Razón tenías:

ninguno detuvo el desfile de los días;
el «hoy» es tan nómada como ellos,
igual de irretenible,
igual de resbaladizo y conspirador.

Y aun así,

(¡cuánto he de admitirlo!)

yo olvidar ni sé ni puedo.

Mientras mis tímpanos trepiden,
con poco que vocalicen los truenos,
el ritmo de la magia, incomprendido,
me acosará,
desacompasando lo decidido.

Por eso sólo resta rugir;

no hacia algo, hacia adentro.

Por eso apianaré tus consejos,

y junto a mi corazón,

mi corazón susurrado,

mi corazón euterpino, pluvilingüe,

mi corazón,

autoincapacitados ambos para cantar,

rugiremos.

La otra luna de la cara (2024)

La sorpresa de crecer

El Sol se despide con su puesta.
La noche, impaciente, se abalanza a por su puesto.
Entretanto, mientras llegan o no llegan a un acuerdo,
mi cabeza, inspirada, ¡por fin se acuerda!,
y, seducida por un pensamiento fornido y apuesto,
reafirma que la vida es mi mejor apuesta.

¡Ay, la vida, tantas veces apagada,
que en errores ha pagado
cada aprendizaje lo suficientemente caro
como para dar la cara!
¡Ay, la vida, que sigue arrojando los dados;
que, en las circunstancias dadas,
me ha regalado casi una infancia cualquiera
para luego, de entre millones de sueños, preguntarme cuál quiero!
Y ahora que la belleza se crea,
ahora que de adultez me he contagiado (o eso creo),
presumo, aun no estando graduado,
de una vista graduada,
capaz de profundizar, a gran escala,
en los matices de los problemas que día a día escalo,
en los matices de las personas en las que reparas,
en los matices que el mundo nos revela sin reparos.
En otras palabras, ¡nadie dijo que crecer fuera a ser una pasada!
Nadie dijo que cada saber rescatado del pasado
conduce a verdecir la tierra, a proscribir la guerra, a sofocar el sida.
Nadie dijo que aquello que no ha sido
mañana puede ser una fantasía cumplida.
Nadie dijo cuánto se expresa a través de un inofensivo cumplido,
ni que la vida fluye junto a las acrobacias de los ríos,
ni que la felicidad consiste en que te rías.
Nadie dijo que haciendo

confeccionamos nuestras amistades, nuestro carácter y nuestra hacienda,
ni que leyendo
forjamos nuestra propia leyenda,
ni que todo aquello que nos motiva
está supeditado al más extraordinario motivo,
ni siquiera que, en definitiva,
ser mayor es algo decisivo, memorable y muy recomendable. Aunque definitivo.

Sin embargo,
no todo lo que la madurez embarga
es admiración hacia nuestro nuevo mundo morado,
ya que nuestro mundo también es morada
de corazones secos frente a pieles que con esmero hidratas,
de excesos de hidratos
frente a bocas olvidadas que anhelan un plato,
de listos que usurpan a otros la plata,
de listas repletas de ratas
que a ratos
ultrajan a damas
y a ratos torear las penas que justamente les damos,
de casos
que derrochan fortunas en coches, en drogas, en juergas, en joyas, en casas,
de cigarras
que conviven con cigarros,
de una igualdad maniatada a las colas del paro,
de un belicismo que exclusivamente se para
para recubrir la vida de velos
y velas
inflamadas por el duelo
que desgarrarán el cielo hasta que a nuestros sentidos les duela...
¡Y sí! Por cada injusticia que ruge, por cada conflicto que trona,
la belleza del mundo se tambalea, ¡pero persiste en su trono!
Porque, en cierto modo,
a pesar de que el «yoísmo», el «quejismo» y el «ridiculismo» estén de moda,
a pesar de que nos burlemos de quien ora
mientras matamos por cada dosis de oro

que en los bolsillos de nuestros caprichos se asienta,
a pesar de que la «tecnopatía» nos ancle al asiento,
el mundo no ha dejado de ser, ni por un instante, ese inmenso jardín de cuentos
que jamás pertenecerá ni a ideales, ni a banderas, ni a cuentas.

¿Quieres ver el mundo desde una perspectiva nueva?

¡Vístete de adulto y mira! Si no ves, ¡arriésgate a crecer de nuevo!

Pues, ¿acaso no es nuestro mundo el más succulento festín de pienso
para cualquier animal que se vanaglorie de que piensa?

¡Menuda sorpresa entonces la que crecer nos brinda!

¡Por ella brindo!

¡Que no se diga que cuando la belleza con testimonios nos sitia
nuestra sensibilidad no sabe encontrarle sitio!

A fin de cuentas, la dimensión del adulto es la del converso
que en silencio conversa,

la de la siembra de derechos

más allá de izquierdas y derechas,

la que nos permite sortear la dictadura del eros,

construir quién eres o degustar la historia de todas las eras,

la que reconfigurará nuestro ánimo cada vez que la risa nos parta,

la que nos empuja a fascinarnos ante un parto

o ante cualquier «gracias» que de los labios mana

cada vez que a un igual le tendemos la mano,

la de la certeza de que, quien ama,

jamás aceptará al egoísmo como amo,

la del peso de los añejos siglos,

la del enjambre de impenetrables siglas,

la que nos lleva a comprender que nadie de ser imperfecto se libra,

la que atestigua el milagro de poder volar a lomos de un libro...

Aun así, hay tanto que la adulterada vista no alcanza, tanto que no se ha dicho,
que me embriaga una súbita pero deliciosa dicha:

ni siquiera la adultez, en grado sumo,

podrá abarcar jamás la totalidad de sorpresas que el mundo a nuestras vidas suma.

Además, el mundo sigue siendo uno.

¿No va siendo hora de que su belleza nos una?

Una forma más de ver el mundo (en un momento dado) (2024)

Temprano madrugó la madrugada

EN TANTO QUE DE ROSA Y AZUCENA
se rasaba la montaña,
el viento dispersó su transparencia
con una corona de escarcha.
Rumores de tibia aurora, (5)
con la invasora suavidad de un mimo,
dejaron el féretro
de la luna errante
en la verdad sin fin de la distancia.
Y el verde, verde limón (10)
de la vida donde ahondó,
alguna vez,
la hoz de la mañana
se acercó y marchó con ella
por las laderas del sol. (15)
Sólo un poco antes
no quedaba en el aire ni una brizna de alondra.
Y sin embargo,
un instante después,
¡la nieve ardía! (20)
¡Salían de la tierra
rizos de luz recién cortada!
¡Las hojas agravaban su sigilo!
A costa de violentas contorsiones,
¡los árboles se arrodillaban! (25)
¡Buscaba el amanecer,
hasta en los charcos del suelo,
un acorde de nubes
perfumado de espliego y de tomillo,
de vida y esperanza! (30)
Una vez, una sola,
se volvió loca de atar,
sin saberlo,
la enorme, blanca, acérrima costilla

de la costumbre, (35)

y se encendieron los grillos,
más por desprecio que por fe,
acosándola.

Los arroyos del hielo, ¡desatados!

Jaulas de infinito, (40)

¡en el espacio en blanco del color!

El tiempo,

¡a la sombra de una lenteja!

Sudando néctar, lambicando olores,

con toda su muerte auestas, (45)

¡una flor!

De este modo,

la primavera le mostraba al mundo,

sobre los tendedores azules de la madrugada,

la ley menesterosa de la imaginación. (50) *El miserere de los cocodrilos* (2024) ? ? ? ? ? ? ? ?
? ? ? ? ?

[*]Todo el poema es un mosaico de versos procedentes de otros autores, un gigantesco cadáver exquisito. A continuación, detallo la procedencia de cada uno de ellos...

TÍTULO : «29 - Elegía a Ramón Sijé», de Miguel Hernández (El rayo que no cesa, 1936)

Nº verso

1 : «Soneto XXIII» (principios siglo XVI), de Garcilaso de la Vega

2 : «Anda el agua de alborada» (romance), de Juan Ramón Jiménez (Pastorales, 1911)

3 : «Tempestad con silencio», de Pablo Neruda (Navegaciones y regresos, 1959)

4 : «Casida del herido por el agua», de Federico García Lorca (Diván del Tamarit, 1941, edición póstuma)

5 : «Thamar y Amnón», de Federico García Lorca (Romancero Gitano, 1928)

6 : «Paradisíaca» (soneto), de Leopoldo Lugones (Los crepúsculos del jardín, 1905)

7 : «Rima LXXIII» [Cerraron sus ojos...], de Gustavo Adolfo Bécquer (1871, edición póstuma)

8 : «Canción para dormir a un niño pobre», de Victoriano Crémer (Nuevos cantos de vida y esperanza, 1952)

9 : «Se canta al mar», de Nicanor Parra (Poemas y antipoemas, 1954)

10 : «Por la verde, verde oliva» (Romance No. 1), de Margarita Ferreras (Pez en la tierra, 1932)

11 : «Yo misma», de Elisabeth Mulder (Sinfonía en rojo, 1929)

12 : «33», de Alejandra Pizarnik (Árbol de diana, 1962)

13 : «Mediodía» [Transparentes los aires, transparentes...], de Idea Vilariño (La suplicante, 1944)

14 : «Nocturno III / Una noche» (1892), de José Asunción Silva

- 15 : «Agricultor» [Nadó en los alfalfares...] (principios siglo XXI), de Alicia Perrig
- 16 : «XXI» [Y vino un periodista de no sé dónde...], de Cristina Peri Rossi (Estado de exilio, 2003)
- 17 : «Gacela del niño muerto», de Federico García Lorca (Diván del Tamarit, 1941, edición póstuma)
- 18 : «Nocturno alterno» [Otros poemas ideográficos], de José Juan Tablada (Li-Po y otros poemas, 1920)
- 19 : «Cantando en Yiddish (V)», de José Hierro (Cuaderno de Nueva York, 1998)
- 20 : «Crepúsculo, Albuquerque, invierno», de Ángel González (Prosemas o menos, 1983)
- 21 : «Explico algunas cosas» [España en el corazón], de Pablo Neruda (Tercera residencia, 1935-45)
- 22 : «Dans ma péniche», de Luis Cernuda (Invocaciones, 1934-35)
- 23 : «Delectación amorosa» (soneto), de Leopoldo Lugones (Los crepúsculos del jardín, 1905)
- 24 : «El chivo afeitado» (Fábula XII) [Tomo II, Libro segundo], de Félix M^a de Samaniego (Fábulas en verso castellano para el uso del Real Seminario Vascongado, 1781)
- 25 : «Rosa mística» [Era ella / y nadie lo sabía...] (1919), de Gerardo Diego
- 26 : «Llanto por Ignacio Sánchez Mejías» [II - La sangre derramada] (1935), de Federico García Lorca
- 27 : «XXI» (Proverbios y cantares) [Pero yo he visto beber...], de Antonio Machado (Nuevas canciones, 1924)
- 28 : «Un acorde de nubes» [VII - Sangre de Abel], de Emilio Prados (Río natural, 1957)
- 29 : «Oración en Columbia University» [III - Por no acordarme], de José Hierro (Cuaderno de Nueva York, 1998)
- 30 : «Epístola (a la señora de Leopoldo Lugones) (VI)», de Rubén Darío (El canto errante, 1907)
- 31 : «XLIX (VI) [De pronto el corazón con ansia extrema...], de Rosalía de Castro (En las orillas del Sar, 1884)
- 32 : «Poema sin ton ni son», de Gloria Fuertes (Aconsejo beber hilo, 1954)
- 33 : «La niña insomne», de Rosa Romojaró (Poemas de Teresa Hassler. Fragmentos y ceniza, 2006)
- 34 : «Un hombre está mirando a una mujer», de César Vallejo (Poemas humanos, 1959, edición póstuma)
- 35 : «Señales» [En las manos te traigo...], de Mario Benedetti (El olvido está lleno de memoria, 1995)
- 36 : «La casada infiel», de Federico García Lorca (Romancero Gitano, 1928)
- 37 : «La política», de Luis García Montero (Completamente viernes, 1998)
- 38 : «Entra la desposada» [III - Runas], de Clara Janés (Huellas sobre una corteza, 2005)
- 39 : «Miré los muros de la patria mía» (soneto de primera mitad del siglo XVII), de Francisco de Quevedo y Villegas
- 40 : «Objetos y apariciones» [Confluencias], de Octavio Paz (Vuelta, 1976)
- 41 : «Grafemas», de Jaime Siles (Música de agua, 1983)
- 42 : «Nocturno de San Ildefonso» [4 - Los días se disipan...], de Octavio Paz (Vuelta, 1976)

- 43 : «Hablo con Gloria Fuertes frente al Washington Bridge» [III - Por no acordarme], de José Hierro (Cuaderno de Nueva York, 1998)
- 44 : «Fábula de Polifemo y Galatea» (v. 393), de Luis de Góngora y Argote (1612)
- 45 : «Llanto por Ignacio Sánchez Mejías» [II - La sangre derramada] (1935), de Federico García Lorca
- 46 : «Amantes» [I], de Alejandra Pizarnik (Los trabajos y los días, 1965)
- 47 : «Oda a los calcetines», de Pablo Neruda (Nuevas odas elementales, 1956)
- 48 : «Octubre» (soneto) [Estaba echado yo en la tierra, enfrente...], de Juan Ramón Jiménez (Sonetos espirituales, 1914-15)
- 49 : «Acuario» (a Javier Villaurrutia), de José Gorostiza Alcalá (Canciones para cantar en las barcas, 1925)
- 50 : «Nochevieja (1940, 1970, 2000)», de Luis García Montero (La intimidad de la serpiente, 2003)

La oscura raíz del grito

BAJO LA LUNA DE GUILLOTINA

chispean los minutos como lluvia.

Que se los coma la tierra.

Mil veces he medido las sílabas del tiempo;

muy tarde es ya para cenar estrellas, (5)

para regar el polvo,

para impedir que con su dedo

este terrible yo por el que muero

acaricie y estreche

soledad. (10)

Bajo la luna de guillotina,

con peligrosa generosidad,

contribuyo a tapizar de ausencia todo,

hasta empalagarme,

solamente por oír (15)

recuerdos que no recuerdo ya qué me recuerdan.

Quieren, quisieran, querrían preguntarme,

como un niño pregunta por el tapón del mar,

cuánto pasado hay

en la aridez estéril de mi ilusión perdida. (20)

Se reirían, seguramente:

demasiado.

Bajo la luna de guillotina,

¡quién pudiese hartarse

de soñar y soñar y soñar! (25)

Bajo la luna de guillotina,

no me lo explico:

también

tiene un sabor de sal mi pensamiento,

una proximidad de lejanía, (30)

de otoño.

Además,

otra vez, sin piedad,

se me caen las ansias al vacío,

y de pronto... (35)

soy eco de algo.

Porque sobro en el abismo.

Porque la soledad no tiene labios.

Porque, en estos momentos,

bajo la luna de guillotina, (40)

vivo sin vivir en mí.

¡No comprendo dónde existo!

Y lo que es peor:

antes de que me entrara la edad por todas partes,

el frío, como un erizo envuelto en serrín, (45)

se hizo hondo, interior.

Hoy no puedo sino decirlo, tomar nota, procurar explicarlo,

mientras me tapa, baboso, la calle y la vida

con sus dedos untados

de espinas, sí, de rencores, (50)

de opresión.

Bajo la luna de guillotina,

muge la noche por la habitación.

¡Y yo, a la intemperie!

Aunque quiso ocultarlo, (55)

¡esta piedra de carne que solloza

no tiene corazón donde caerse!

¡Hasta mi propia sombra, dulce, tenaz, al lado,

ignorando por qué,

en terciopelo, en llanto, replegóse, (60)

como un crisantemo decapitado!

Y ahora,

cuando estoy al borde célebre de la violencia,

sin poder ni saber salir afuera,

¡dentro de mí se mueve, (65)

con sus inconvenientes de ser dos!

Y ahora,

que he condensado un siglo en cada día,

¡con qué reconcentrada intensidad de símbolo

se me parecen (70)

el tiempo

y un ábaco de pena tirado por la alfombra!

Y ahora,

que casi no quería ser palabra,

encogiendo mis hombros hechos niebla, (75)

robándome del pecho las más tiernas entrañas,

¡el espacio infinito de una sola agonía

hacia mí se abalanza, me atropella,

y, para hacer más noble el sacrificio,

bajo la luna de guillotina, (80)

sin borbotón apenas,

se empoza, como charco de culpa, en la mirada!

¡Qué lástima

observarme!

¡Qué soy sino una pobre enredadera (85)

de lágrimas, de lágrimas, de lágrimas,

que, un poco distraídamente,

busca y anhela el sosiego

que ensaliva la eternidad!

(¡Pero (90)

con la ciudad dormida en la garganta!)

Ciertamente, habría de ser negra

esta noche al mirarme:

la alegría nadie me la supo enseñar.

Quién sabe... (95)

Quizás,

si pudieran los sentimientos esquivar

el cuerpo en donde viven las interrogaciones,

si pudieran

mis ojos (100)

embotellar sonrisas como licores,

defender la alegría como una trinchera,
quizás,
si pudiera sacarme los ojos y comérmelos,
si vieras hasta qué hora son cuatro estas paredes, (105)
si supieras
que ha pasado agachándose por mi alma
el anticipo de la podredumbre,
tan portentosamente mía,
entonces (110)
quizás, mientras, detrás, tanto, tan nunca,
este remoto dejo de tristeza
que convierte en preguntas todo cuanto es herida
avanzaría hacia su crucifixión.
Sin embargo, (115)
bajo la luna de guillotina,
nada puedo;
sucede que la luz no tiene prisa,
porque las madrugadas no tienen adónde ir;
bajo la luna de guillotina, (120)
porque conozco el día que me espera,
sucede que me canso de ser hombre,
desmadejadamente, por los labios.
¿Cuándo será que mi esperanza vea?
Ya no consiente márgenes ni orillas (125)
lo aciago, lo crispante, lo mojado, lo fatal.
Ya no me dice nada
el pegajoso olor que dejan las promesas.
La belleza se va cuando yo llego.
Los espejos no reflejan: transparentan. (130)
Y, como yo, se apagan los semáforos.
¿Cuándo será? ¿Cuándo?

Bajo la luna de guillotina,
bajo el cilicio de las penas,
es tanto el silencio que da miedo cortarlo. (135)
Para abrazarme a lo que ya no existe,

¡como si eso importara!

Hoy es siempre todavía;

bajo la luna de guillotina,

¡un día más en vísperas del último!* (140)

El miserere de los cocodrilos (2024)

???????????????? [*]Todo el poema (centón no. 2) es un mosaico de versos procedentes de otros autores, un gigantesco cadáver exquisito. A continuación, detallo la procedencia de cada uno de ellos... TÍTULO : Verso con el que concluye la obra teatral Bodas de sangre (estrenada en 1933), de Federico García Lorca. Pertenece al personaje de la Madre. Antes de ser repetido en el final de la obra, será recitado por el mismo personaje y en ese mismo Cuadro Último del Acto III. Nº verso 1 : «Extraño no decirlo y hablar hidras pensadas», de Blanca Andreu (De una niña de provincias que se vino a vivir en un Chagall, 1980) 2 : «Dánae», de Rosa Romojaro (Agua de luna, 1986) 3 : «Por la verde, verde oliva» (Romance No. 1), de Margarita Ferreras (Pez en la tierra, 1932) 4 : «Un método es menos leal con la vida que un error afortunado», de Luis García Montero (Un invierno propio, 2011) 5 : «Cita triste de Charlot», de Rafael Alberti (Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos, 1929) 6 : «I - Oh, este dolor» [El hacha], de León Felipe (El español del éxodo y el llanto. Doctrina, Elegías y Canciones, 1939) 7 : «La dama extraña», de Julia Uceda (Zona desconocida, 2006) 8 : «La unión con Dios» (CCXXI), de Miguel de Unamuno (Rosario de sonetos líricos, 1911) 9 : «A Blanca (I)» [Tercera parte], de José Zorrilla (Tomo primero. Obras poéticas, 1847) 10 : «Cuadros de una exposición», de Javier Salvago (Volverlo a intentar, 1989) 11 : [«Extraño no decirlo y hablar hidras pensadas», de Blanca Andreu] 12 : «Ajeno», de Claudio Rodríguez (Alianza y condena, 1965) 13 : «9», de Roberto Juarroz (Poesía vertical, 1958) 14 : «Poética» [¿poesía liberada o deliberada?...], de Saúl Yurkievich (Rimbomba, 1978) 15 : «Gacela del amor que no se deja ver», de Federico García Lorca (Diván del Tamarit, 1941, edición póstuma) 16 : «Es peligroso abrir algún cajón...», de Ana Montojo Micó (Por si esto fuera poco, 2021) 17 : «Los ángeles mudos», de Rafael Alberti (Sobre los ángeles, 1929) 18 : «Chernóbil», de Isabel Pérez Montalbán (Vikinga, 2020) 19 : «Mestizaje», de José Manuel Caballero Bonald (Diario de Argónida, 1997) 20 : «El amor a las cosas», de Josefina Romo Arregui (La peregrinación inmóvil, 1932) 21 : «La mujer» [Otros poemas], de Nicanor Parra (Obra gruesa, 1969) 22 : «Voz», de Alfonsina Storni (Mundo de siete pozos, 1934) 23 : [«Extraño no decirlo y hablar hidras pensadas», de Blanca Andreu] 24 : «Canción II» (principios del siglo XVI), de Garcilaso de la Vega 25 : «Divagación nocturna» (1920), de León de Greiff 26 : [«Extraño no decirlo y hablar hidras pensadas», de Blanca Andreu] 27 : «Rosal chino», de Almudena Guzmán (Calendario, 1998) 28 : «La segura mano de Dios», de Roque Dalton (Taberna y otros lugares, 1969) 29 : «Pausas» (I), de José Gorostiza Alcalá (Canciones para cantar en las barcas, 1925) 30 : «La renuncia», de Andrés Eloy Blanco (Poda, 1934) 31 : «Subcristal», de Jacobo Fijman (Molino rojo, 1926) 32 : «Profesión de fe», de César Dávila Andrade (Poesía del gran todo en polvo, 1967) 33 : «Del halcón que piensa de sí y está atemorizado», de Juana Castro (Arte de cetrería, 1989) 34 : «Canto I», de Vicente Huidobro (Altazor o el viaje en paracaídas, 1931) 35 : «Cuatro vientos», de Lucía Sánchez Saornil (Poesía, 1996, antología póstuma) 36 : «III» [Esperé un dios en mis días...], de Luis Cernuda (Donde habite el olvido, 1932-33) 37 : «IV» [Contigo / pasa el gran sol por una...], de Humberto Díaz Casanueva (Los penitenciales, 1960) 38 : «Intermediario ser, anfibio alado...» (1953) (soneto), de Pilar Paz Pasamar 39 : «La renovada Muerte de la noche», de Salvador Novo (Nuevo amor, 1933) 40 : [«Extraño no decirlo y hablar hidras pensadas», de Blanca Andreu] 41 : «Copla II, del alma que pena por ver a Dios» (en torno a 1572), de (san) Juan de la Cruz [también localizaremos este verso en una copla similar de (santa) Teresa de Jesús] 42 : «Toisón» (1910), de Rubén Darío 43 : «Sepia es la herida», de Neus Aguado (Intimidad de la fiebre, 2002) 44 : «Es peligroso abrir

algún cajón...», de Ana Montojo Micó (Por si esto fuera poco, 2021) 45 : «His ancestors», de Mario Obrero (Peachtree City, 2021) 46 : «Fuente», de Blanca Varela (Canto villano, 1978) 47 : «Consumación», de Vicente Aleixandre (Poemas de la consumación, 1968) 48 : «Qué hago yo aquí medio borracha», de Almudena Guzmán (Usted, 1986) 49 : «El niño y el farol (5)», de Evaristo Ribera Chevremont (Creación, 1951) 50 : «Las golondrinas del Señor», de José María Pemán (Poesía sacra, 1940) 51 : «Lo que esperamos» [Embelecós], de Oliverio Gironde (Persuasión de los días, 1942) 52 : [«Extraño no decirlo y hablar hidras pensadas», de Blanca Andreu] 53 : «Contribución al noctambulismo», de José Manuel Caballero Bonald (Descrédito del héroe, 1977) 54 : «Boletín y elegía de las mitas» (1959), de César Dávila Andrade 55 : «De la virtud del ave solitaria», de Ángeles Mora Fragoso (La dama errante, 1990) 56 : «Siempre», de Vicente Aleixandre (Espadas como labios, 1932) 57 : «Canción Verlaine», de Luis García Montero (Las flores del frío, 1991) 58 : «A la poesía», de Fernando Charry Lara (Los adioses, 1963) 59 : «Rima LVI» [Hoy como ayer, mañana como hoy...], de Gustavo Adolfo Bécquer (1871, edición póstuma) 60 : «La paz, la avispa, el taco, las vertientes», de César Vallejo (Poemas humanos, 1959, edición póstuma) 61 : «Cuarto», de Ana Rossetti (Virgo potens, 1994) 62 : «Batman», de José Carlos Becerra (El otoño recorre las islas, 1973, antología póstuma) 63 : «Me viene, hay días, una gana ubérrima», de César Vallejo (Poemas humanos, 1959, edición póstuma) 64 : «Del conocimiento de sí mismo» (1570s?), canción atribuida a (fray) Luis de León 65 : «La Gota De Miel» [Primera Parte: Miñonetas - Tomo VIII], de José Tomás De Cuellar (Facundo) (La Linterna Mágica: colección de novelas de costumbres mexicanas, artículos y poesías, 1889-92) 66 : «Canción de aniversario», de Jaime Gil de Biedma (Moralidades, 1966) 67 : [«Batman», de José Carlos Becerra] 68 : «Rima LVII» [Este almacén de huesos y pellejo...], de Gustavo Adolfo Bécquer (1871, edición póstuma) 69 : «Peeping Tom», de Jaime Gil de Biedma (Las personas del verbo, 1975) 70 : «Conocimiento de las ruinas», de Ángeles Mora Fragoso (La dama errante, 1990) 71 : «Ayer en fondo», de Félix Grande Lara (Las piedras, 1964) 72 : «Fin de curso», de Juana Castro (La jaula de los mil pájaros, 2004) 73 : [«Batman», de José Carlos Becerra] 74 : «Elegía para decirme», de Carilda Oliver Labra (Al sur de mi garganta, 1949) 75 : «La rosa de los vientos», de José María de Hinojosa (La rosa de los vientos, 1927) 76 : «Niebla en los ojos» (Arquíloco), de Aurora Luque (Los dados de Eros. Antología de poesía erótica griega, 2000) 77 : «Picasso-Guernica-Picasso: 1973», de José Ángel Valente (Interior con figuras, 1976) 78 : «Más verdad», de Jorge Guillén (Cántico, 1918-50) 79 : «El valle y el monte», de Felipe Jacinto Sala (Nuevas fábulas, 1886) 80 : [«Extraño no decirlo y hablar hidras pensadas», de Blanca Andreu] 81 : «Lo que pueda contaros», de Javier Egea (Troppo Mare, 1984) 82 : «Los heraldos negros», de César Vallejo (Los heraldos negros, 1915-18) 83 : «¡Qué lástima!», de León Felipe (Versos y oraciones de caminante, 1920-29) 84 : «Canto villano» [Y de pronto la vida...], de Blanca Varela (Canto villano, 1978) 85 : «La fe loca» (1846), de Carolina Coronado 86 : «Oda a Federico García Lorca», de Pablo Neruda (Residencia en la tierra II, 1931-35) 87 : «El lugar vacío», de Cintio Vintier [recogido en la Antología de la poesía hispanoamericana (1985), de Juan Gustavo Cobo Borda] 88 : «Busca y anhela el sosiego...», de Rosalía de Castro (En las orillas del Sar, 1884) 89 : «El esperado», de José Lezama Lima (Fragmentos a su imán, 1977, edición póstuma) 90 : «Soledades», de Mario Benedetti (Poemas de otros, 1973-74) 91 : «Casida del herido por el agua», de Federico García Lorca (Diván del Tamarit, 1941, edición póstuma) 92 : «De la longa», de Juana Castro (Arte de cetrería, 1989) 93 : «Amor más poderoso que la vida», de Jaime Gil de Biedma (Colección particular, 1955-67) 94 : «Tristitia» (soneto), de Abraham Valdelomar Pinto (incluido en la antología Las voces múltiples, 1916) 95 : «Densos velos te cubren, poesía», de Olga Orozco (La noche a la deriva, 1984) 96 : «Respuesta del derviche», de Ida Vitale (Jardín de Sílice, 1980) 97 : «Monólogo interior de Rilke», de Lauren Mendingueta (Autobiografía Ampliada, 2006) 98 : «XV (Ese perdido reino...)» [Libro 2], de Luis García Montero (Diario cómplice, 1987) 99 : «Paisaje de la estrella», de Ida Vitale (Jardín de Sílice, 1980) 100 : «Fluye solo el silencio», de Ada Salas (Variaciones en blanco, 1994) 101 : «Canto III», de Vicente Huidobro (Altazor o el viaje en paracaídas, 1931) 102 : «Defensa de la alegría», de Mario Benedetti (Cotidianas, 1978-79) 103 : [«Respuesta del derviche», de Ida Vitale] 104 : «Oda a

Federico García Lorca», de Pablo Neruda (Residencia en la tierra II, 1931-35) 105 : «XVIII» [Oh las cuatro paredes de la celda...], de César Vallejo (Trilce, 1922) 106 : «Si supieras...», de Violeta Luna (Poesía junta, 2005) 107 : «La rueda del hambriento», de César Vallejo (Poemas humanos, 1959, edición póstuma) 108 : «XIV», de Luis García Montero (Balada de la muerte en la poesía, 2016) 109 : «Vocales para Hilda», de Gonzalo Rojas (¿Qué se ama cuando se ama?, 2000) 110 : «La dame à la licorne», de Carlos Barral (Figuración y fuga, 1966) 111 : «La paz, la avispa, el taco, las vertientes», de César Vallejo (Poemas humanos, 1959, edición póstuma) [la -s- de «quizá» se ha añadido para poner este verso en sintonía con los anteriores] 112 : «Elegía», de Luis Cernuda (Égloga, elegía, oda, 1927-28) 113 : «Me busco y no me encuentro...», de Josefina de la Torre (Marzo incompleto, 1933) 114 : «Ah del ladrón...» [III - Runas], de Clara Janés (Huellas sobre una corteza, 2005) 115 : «Densos velos te cubren, poesía», de Olga Orozco (La noche a la deriva, 1984) 116 : [«Extraño no decirlo y hablar hidras pensadas», de Blanca Andreu] 117 : «Góngora», de Jorge Luis Borges (Los conjurados, 1985) [sólo la primera parte del verso] 118 : «Los sucesos», de Miguel Valdivieso Belmás (Obra completa, 1968, antología póstuma) 119 : «Vigilar un examen», de Luis García Montero (A puerta cerrada, 2011-17) 120 : [«Extraño no decirlo y hablar hidras pensadas», de Blanca Andreu] 121 : «Albada», de Jaime Gil de Biedma (Las personas del verbo, 1975) 122 : «Walking around», de Pablo Neruda (Residencia en la tierra II, 1931-35) 123 : «Lo que pueda contaros», de Javier Egea (Troppo Mare, 1984) 124 : «Entre armas, guerra, fuego, ira y furores...» (soneto de mediados del siglo XVI), de Gutierre de Cetina 125 : «Epístola satírica y censoria contra las costumbres presentes, de los castellanos, escrita a don Gaspar de Guzmán, Conde de Olivares, en su valimiento» (1625), de Francisco de Quevedo y Villegas 126 : «La paz, la avispa, el taco, las vertientes», de César Vallejo (Poemas humanos, 1959, edición póstuma) 127 : «Yo» [No sé quién soy...], de Idea Vilariño (No, 1980) 128 : «15:00 H.», de Inma Pelegrín (Cuestión de horas, 2012) 129 : «Mariposa de luz», de Juan Ramón Jiménez (Piedra y cielo, 1918) 130 : «Los espejos transparentes», de Gabriel Celaya (Los espejos transparentes, 1967) 131 : «XIV» [Libro 1], de Luis García Montero (Diario cómplice, 1987) 132 : «Canto del justo», de Gabriela Mistral (Desolación, 1922) 133 : [«Extraño no decirlo y hablar hidras pensadas», de Blanca Andreu] 134 : «Misa negra» (1893), de José Juan Tablada 135 : «Ritual de violetas», de Amalia Iglesias Serna (La sed del río, 2016) 136 : «El bar de siempre», de Luis García Montero (La intimidad de la serpiente, 2003) 137 : «Y seguirá sin mí» (1979), de Idea Vilariño 138 : «CLXI (VIII)» [Proverbios y cantares (A José Ortega y Gasset)], de Antonio Machado (Campos de Castilla, 1907-17) 139 : [«Extraño no decirlo y hablar hidras pensadas», de Blanca Andreu] 140 : «El día menos pensado», de José Manuel Caballero Bonald (Manual de infractores, 2005)

Como la edad, el fruto y la catástrofe

DENTRO DE LA PRISIÓN DE LA MAÑANA,
entre las huellas de ayer,
mientras el tiempo cierra su abanico
con una lentitud de canción oxidada,
 una nostalgia huérfana, (5)
desde el fondo de un vértigo lamoso,
en sentido contrario al de la espera,
sin encontrar el punto de partida,
 turbadamente huye
hasta llegar al nido de la lluvia (10)
por el dique de bárbaros errores
donde meriendan muerte los borrachos
sobre la piedra, contra la nube.*

El miserere de los cocodrilos (2024)

????????????????

[*]Todo el poema (centón no. 3) es un mosaico de versos procedentes de otros autores, un gigantesco cadáver exquisito. A continuación, detallo la procedencia de cada uno de ellos...

Título : «Muerte sin fin (II)» (1939), de José Gorostiza Alcalá |

Nº verso

- 1 : «IV» [*Yo te agradezco la intención, hermana...*], de Miguel Hernández (*Sonetos de «El silbo vulnerado»*, 1934)
- 2 : «A una mujer» [Tomo primero], de José Zorrilla (*Poesías*, 1837)
- 3 : «Piedra de sol», de Octavio Paz (*Libertad bajo palabra*, 1957)
- 4 : «Nochevieja (1940, 1970, 2000)», de Luis García Montero (*La intimidad de la serpiente*, 2003)
- 5 : «Nota a Emily Dickinson», de Aurora Luque (*Camaradas de Ícaro*, 2003)
- 6 : «Canto de guerra de las cosas» (1943), de Joaquín Pasos
- 7 : «Desencuentro», de José Manuel Caballero Bonald (*Poesía amatoria*, 1999)
- 8 : «Canto destruido» [Poemas no coleccionados: 1922-1976], de Carlos Pellicer (*Obras: poesía*, 1981, antología póstuma)
- 9 : «Égloga», de Luis Cernuda (*Égloga, elegía, oda*, 1927-28)
- 10 : «II - Quiero volver al sur (1941)» [Canto VII - Canto general de Chile], de Pablo Neruda (*Canto*

General, 1950)

11 : «Cantad, hermosas» (1845), de Carolina Coronado

12 : «Vaca» [V - En la cabaña del Farmer (Campo de Newburg)], de Federico García Lorca (*Poeta en Nueva York*, 1929-30)

13 : «Epilogo (Poemas para un cuerpo)», de Luis Cernuda (*Desolación de la quimera*, 1956-62)

¿? o la viva nostalgia de lo que pudo ser?

UNA MANO ES UNA RED DE SENDEROS QUE EL ABANDONO ARAÑA.

Un pájaro es un ángel inmaduro.

Un rey es un erizo de pestañas.

Ruido multiplicado por silencio

es el tiempo, que marcha descalzo, (5)

un sudario de sombra,

un lugar deshabitado.

Los tejados son uñas de pizarra.

Las ideas

son peces, son llamas, son flautas, son dedos mordisqueados, (10)

son garras enguantadas de caricias,

juguetes rotos de una niñez tapiada.

La tristeza no es más que una careta

ahogada en un rocío de recuerdos,

porque (15)

es el trono del dolor

la memoria.

Porque es la demostración de otro infinito que no es suyo

el bostezo.

¿Qué es la vida? Un frenesí. (20)

¿El azar?

Un dado roído y ya redondo.

Los astros sólo son barro que brilla.

Los sueños,

una brasa que se consume, gira y se deshoja (25)

en eterno retorno.

El muerto no es un muerto: es la muerte.

Una reunión de números suicidas

no es el infierno: es la calle.

Y es, (30)

una herida,

también un lugar donde vivir.

El poeta no cumple su palabra.
¡Mejor si nadie lo sabe!

El miserere de los cocodrilos (2024)

????????????????

[*]Todo el poema (centón no. 4) es un mosaico de versos procedentes de otros autores, un gigantesco cadáver exquisito. A continuación, detallo la procedencia de cada uno de ellos...

Título

«Ars poética» [*Hay algo todavía que no debo callar...*], de Manuel Maples Arce (*Las semillas del tiempo*, 1981, antología póstuma)

Nº verso

- 1 : «Después del tiempo de las espadas...», de Beatriz Hernanz (*La vigilia del tiempo*, 1995)
- 2 : «Muerte pájaro príncipe, un pájaro es un ángel inmaduro...», de Blanca Andreu (*De una niña de provincias que se vino a vivir en un Chagall*, 1980)
- 3 : «Los ángeles sonámbulos» (1), de Rafael Alberti (*Sobre los ángeles*, 1929)
- 4 : «Pensamientos», de Nicanor Parra (*Obra gruesa*, 1969)
- 5 : «Me estoy riendo», de César Vallejo (*Poemas humanos*, 1959, edición póstuma)
- 6 : «Paisajes de John Constable», de José Luis Puerto (*Nombres de la mirada*, 2020)
- 7 : «El avión que no existe», de Luis García Montero (*A puerta cerrada*, 2017)
- 8 : «Stony Brook (1)», de Ángeles Mora Fragoso (*Contradicciones, pájaros*, 2005)
- 9 : «Intimidad» [*Entonces / un derrame de perlas...*] (principios del siglo XXI), de Alicia Perrig
- 10 : «Muerte de Narciso», de José Lezama Lima (*Muerte de Narciso*, 1937)
- 11 : «Serpentina», de Delmira Agustini (*Los astros del abismo*, 1924, edición póstuma)
- 12 : «Disolución del sueño», de Guillermo Carnero (*Espejo de gran niebla*, 2002)
- 13 : «Siempre hay alguien», de Gloria Fuertes (*Obras incompletas*, 1975)
- 14 : «Absoluto amor» [*Como una limpia mañana de besos morenos...*], de Efraín Huerta (*Absoluto amor*, 1935)
- 15 : «¿Antipoema?», de Gloria Fuertes (*Obras incompletas*, 1975)
- 16 : «La ciega» [*Todo es noche, noche oscura...*] (1850?), de María Josefa Mujía
- 17 : «Estos que veis aquí...», de Ada Salas (*La sed*, 1997)
- 18 : «Pequeño poema infinito», de Federico García Lorca (*Poeta en Nueva York*, 1929-30)
- 19 : «A la realidad», de Blanca Varela (*Canto villano*, 1978)

- 20 : Palabras de Segismundo (v. 2182) [Escena XVIII - Segunda jornada], de Pedro Calderón de la Barca (*La vida es sueño*, 1635)
- 21 : «Preguntas al azar» [*¿Cuánto me queda?...*], de Mario Benedetti (*Preguntas al azar*, 1986)
- 22 : «Los dados eternos», de César Vallejo (*Los heraldos negros*, 1918)
- 23 : «El mar no es más que un pozo de agua oscura...» (1942) (soneto), de Idea Vilariño
- 24 : «La noche de insomnio y el alba» (1844), de Gertrudis Gómez de Avellaneda
- 25 : «Carta de creencia (Cantata - 1)», de Octavio Paz (*Árbol adentro*, 1987)
- 26 : «Con sandalias de bronce» [*Entre cuatro elementos...*] (final del siglo XX), de Luis Alposta
- 27 : «Remordimiento por cualquier muerte», de Jorge Luis Borges (*Fervor de Buenos Aires*, 1923)
- 28 : «1958» (II - Infancia), de Luis García Montero (*Vista cansada*, 2008)
- 29 : «Oficina y denuncia», de Federico García Lorca (*Poeta en Nueva York*, 1929-30)
- 30 : «Acercamientos», de Eliseo Diego (*El oscuro esplendor*, 1966)
- 31 : «Bendita la palabra», de Delia Quiñónez (*Cantos rodados*, 2018) [este verso también puede rastrearse en «Juicio temerario», de José Manuel Caballero Bonald (*Descrédito del héroe*, 1977)]
- 32 : «Nuestro tiempo», de Joan Margarit (*Un asombroso invierno*, 2017)
- 33 : «Cambios de nombre», de Nicanor Parra (*La cueca larga*, 1958)
- 34 : «El Mar Muerto (II)», de Rafael Alberti (*Marinero en tierra*, 1924)

El porvenir de la nada

AUNQUE BUSQUEN ENTRAÑAS
 con salivilla de estrella
 las telas del corazón,
 espumosas de canas y de arrugas
 telarañas cuelgan de la razón; (5)
 hilos de lluvia,
 de aquel aquello que era.*

El miserere de los cocodrilos (2024)

????????????????

[*]Todo el poema (centón no. 5) es un mosaico de versos procedentes de otros autores, un gigantesco cadáver exquisito. A continuación, detallo la procedencia de cada uno de ellos...

Título

«A una mujer» [Tomo primero], de José Zorrilla (*Poesías*, 1837)

Nº verso

1 : «En el lugar que más nació», de Pureza Canelo (*Pasión inédita*, 1990)

2 : «Romance de la guardia civil española», de Federico García Lorca (*Romancero Gitano*, 1928)

3 : «Cantar de la afrenta de Corpes» [concretamente, el segundo hemistiquio del verso 3260], del *Cantar del Mío Cid* (s. XI-XIII?), hasta la fecha, anónimo

4 : «6» [*Si la sangre también, como el cabello...*], de Miguel Hernández (*El rayo que no cesa*, 1936)

5 : «Telarañas cuelgan de la razón», de Luis Cernuda (*Los placeres prohibidos*, 1931)

6 : «Noviembre (El poeta)», de Aurora Luque (*Haikus de Narila. Microbucólicas*, 2017, edición bilingüe)

7 : «21» [*¿Recuerdas aquel cuello? ¿Haces memoria...*], de Miguel Hernández (*El rayo que no cesa*, 1936)

La ciudad por el suelo

COMO LA TORTUGA MACHACADA POR UN PIE DESNUDO,

Como carcoma en madera,

Como el sordo estertor de la agonía,

una frontera de palabras no dichas

una cantata de bocina (5)

una viña de muerta primavera

que agosta el ardor del suelo,

que hace odiosa la vida, odioso el mundo,

que angustia con su absurda presencia,

barajando en la mano alas remotas, (10)

escarbando en la sangre como un topo,

saliendo en racimos de las alcantarillas,

por más que la presienta el pensamiento,

por más que la ocasión su vuelo ampare,

por más que aplique su sueño contra un astro apagado, (15)

cae sobre la tranquila piel del día.

aprende que el vacío también se desordena.

es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.

El miserere de los cocodrilos (2024)

????????????????

[*]Todo el poema (centón no. 7) es un mosaico de versos procedentes de otros autores, un gigantesco cadáver exquisito. A continuación, detallo la procedencia de cada uno de ellos...

Título - «Pesadilla», de Luis García Montero (*Vista cansada*, 2008)

Nº verso

- 1 : «La dicha», de Vicente Aleixandre (*La destrucción o el amor*, 1935)
- 2 : «Eran ayer mis dolores», de Antonio Machado (*Soledades, galerías y otros poemas*, 1919)
- 3 : «Adivinase el dulce y perfumado... (5)» [VII], de Rosalía de Castro (*A orillas del Sar*, 1884)
- 4 : «Soledades», de Mario Benedetti (*Poemas de otros*, 1973-74)
- 5 : «Automóvil», de Concha Méndez (*Inquietudes*, 1926)
- 6 : «Cómo mana tu savia ardiente...» (soneto), de Dionisio Ridruejo (*Hasta la fecha. Poesías completas: 1934-1959*, 1961)
- 7 : «II» [*Urbano y dulce revuelo...*], de Luis Cernuda (*Primeras poesías*, 1924-27)
- 8 : «Mi mal» [*En vano ansiosa tu amistad procura...*] (soneto, 1841), de Gertrudis Gómez de Avellaneda
- 9 : «La blanca soledad», de Leopoldo Lugones (*El libro fiel*, 1912)
- 10 : «Fábula de equis y zeta» (1932), de Gerardo Diego
- 11 : «Densos velos te cubren, poesía», de Olga Orozco (*La noche a la deriva*, 1984)
- 12 : «Oda a Whitman», de Federico García Lorca (*Poeta en Nueva York*, 1929-30)
- 13 : «A la vida» (dedicada a D. Andrés del Busto y López), de Rosario de Acuña y Villanueva (*Ecos del alma*, 1876)
- 14 : «Yo os prometí, mi libertad querida», de Tirso de Molina (soneto con que la Condesa abre el Acto Segundo de *El castigo del penseque*, 1631)
- 15 : «Ven, siempre, ven», de Vicente Aleixandre (*La destrucción o el amor*, 1935)
- 16 : «La tristeza», de Pilar Paz Pasamar (*La soledad, contigo*, 1960)
- 17 : «El desorden funda la intimidad como los ríos suelen fundar ciudades», de Luis García Montero (*Un invierno propio*, 2011)
- 18 : «A su retrato» [*Este que ves, engaño colorido...*] (soneto de segunda mitad del siglo XVII), de (sor) Juana Inés de la Cruz